



**Con estas bocas,
en este mundo... desde Córdoba.**
Talleres de lectura y encuentros con escritorxs

Material de lectura – Taller - Viernes 09/10

Biblioteca Popular Tere Andruetto

(Avenida Lino E. Spilimbergo s/n, Unquillo)

El taller y el encuentro se proponen como parte de las acciones de la Red Interuniversitaria de Estudios de las Literaturas de la Argentina (RELA), se desarrollarán en el marco del Programa de Bibliotecas Populares (FFyH) y están destinados a socixs de Bibliotecas Populares; vecinxs; docentes y estudiantes de nivel secundario, terciario y universitario; lectorxs y aficionadxs a la literatura en general; investigadorxs de las literaturas de la Argentina.

- ☐ Viernes 09/10, 18:00 a 20:00hs. Taller de lectura: selección de textos de Pablo Aguiar, Natalia Costantino, Mariano Marucco y Leticia Martínez.
- ☐ Viernes 16/10, 18 a 20hs. Encuentro con lxs escritorxs: Pablo Aguiar, Natalia Costantino, Mariano Marucco y Leticia Martínez.

Pablo Aguiar



Selección de cuentos del libro
Como si el ayer los hubiera castigado
(inédito)

El Niño

La revista la compré en el quiosco de la esquina, el de San Martín y Gorriti. Uno dice «compré» cuando, en realidad, la que la compraba era mi madre y mi viejo era quien pagaba mensualmente el diario y las revistas. Años más tarde, las revistas serían *CantaRock* y no *Anteojito*, como en esta oportunidad. La convocatoria no la recuerdo con precisión, pero se trataba de escribir una poesía para celebrar el Año Internacional del Niño y la Familia. Saqué una hoja tamaño Rivadavia de la carpeta de Ciencias y escribí una poesía simple que, gracias a la autoestima propia de un niño de diez años, me pareció una genialidad digna de Conrado Nalé Roxlo.

Dejé la lapicera 303 dentro de la cartuchera y supuse que la Sheaffer, que guardaba en mi cajón, me daría más suerte. Volví a escribir la poesía con letra un poco más prolija y sin los tachones del lápiz. Doblé la hoja y la puse en un sobre que compré en Colche. Tenía las estampillas y despaché la carta con la esperanza del premio.

El telegrama llegó el día del cumpleaños de mi madre: «Tu poesía ha sido seleccionada». Ese día festejé y me dejaron quedarme hasta tarde viendo *Kung Fu*. Días más tarde llegó la carta informando que había pasado a otra instancia y que era feliz acreedor de cincuenta mil pesos moneda nacional, que serían enviados a través de la extinta Caja Nacional de Ahorro y Seguros. Pedían los datos de mi padre, titular originario de la patria potestad por designios de don Dalmasio Vélez Sarsfield.

Tuvimos que ir al correo, un par de meses más tarde, con la libreta de ahorros para que pegaran las estampillas del dinero enviado. Yo no creía en esas frases de ocasión de que «el ahorro es la base de la fortuna». Yo quería la guita, gastarla ahí mismo, en un equipo Adidas que había visto en la vidriera de Casa Jorge. Mi viejo accedió y caminamos esas dos cuadras hasta el negocio de indumentaria deportiva. Compré el equipo, las zapatillas y hasta un bolso Adidas. De los cincuenta mil quedaron apenas cincuenta pesos. Nos alcanzó para dos helados en El Pingüino.

Un compañero de grado vio mi nombre en la revista y lo contó en la escuela. La maestra, orgullosa de su alumno y queriendo ganar puntos con la directora, hizo las gestiones para que yo pasara a leer la poesía en el salón de actos.

Ese día el guardapolvo estaba sano y limpio. La martingala y los bolsillos no estaban descosidos. Me cuidé de no jugar al fútbol en el recreo; de todos modos, Eduardo Lobo no me había incluido en el equipo.

Otras veces había leído las glosas que escribí para algún acto del 23 de agosto o del 20 de junio. Esto era distinto. Acá sí prestarían atención.

Acomodaron el micrófono a mi altura y leí sin mucha pausa ni ritmo, muerto de vergüenza, ante la mirada gélida de Mónica Daz y la sonrisa cariñosa de Fernanda Iriarte.

Nunca más escribí un poema.

Un mismo origen gráfico

César movió la pieza y anotó **e2–e4**. Se levantó, rodeó la mesa y se sentó del lado de las negras. **Cc6**. No estaba del todo conforme con la jugada, pero ya no había vuelta atrás. Cuando trabajaba sus partidas necesitaba silencio, que nadie lo interrumpiera; era su manera de escapar a los problemas del negocio. Sobre la mesa se acumulaban los libros de ajedrez y el cuaderno donde iba dejando registro del juego que elaboraba. El tablero y las piezas de madera eran un viejo regalo de sus años en el Banco Provincia.

Miró por el ventanal hacia la ruta y vio pasar el 19 rumbo a Los Nogales. Las hortensias del jardín estaban mustias; habría que hablar con don Cecilio. Ese día no estaba para ajedrez, lo supo enseguida. Desde la cocina llegaba el olor a aceite caliente: Margarita estaba friendo gaznates.

Ella se limpió las manos en el delantal. Aunque el dulce de leche ya estaba listo para rellenar, volvió sobre el asunto que le daba vueltas en la cabeza.

—¿Vas a hacer algo con esa carta?

—Ya, mujer, dejalo pasar —respondió César—. Es tu consuegra. No creo que haya mandado ese anónimo.

—Estoy segura. Dice lo mismo que te dijo su marido.

—Y no está tan errado lo que dijo. No deja de ser una defensa a Alejandro, que es nuestro hijo.

—Pero vos te ofendiste con tu amigo por lo que te dijo.

—Es mi amigo y también mi consuegro. Alejandro se casó con su hija y formaron una familia. Me ofendió la forma, y el lugar. No tenía por qué decirme esas cosas en el club, delante de todos. Te digo que ya lo dejes pasar.

—Siempre tengo que hacerme cargo yo de las cosas de esta familia —protestó Margarita.

La paz familiar era una ficción que ella intentaba sostener contra las malas lenguas. Desde el casamiento de Mercedes en Bolivia, o tal vez antes, no recordaba un momento de verdadera tranquilidad en la casa. También había perdido la noción del tiempo. ¿Cuánto hacía que no veía a los hijos de Alejandro?

Salió por la puerta del comedor y fue a buscar las últimas ciruelas del árbol junto a la acequia: las amarillas, las que se habían salvado de los pájaros. Prepararía dulce. Mientras revolvía la olla con la cuchara de madera, pensó en su sobrino.

—Es abogado. Sabrá qué hacer.

César fingió no oírla y volvió a su partida. Maldijo el momento en que le mostró el anónimo. En Yala empezaba a llover.

Margarita se sentó frente a la radio, una vieja Kenwood que seguía siendo compañía. Identificó la señal LU1TN, movió el dial a 462 MHz y presionó el botón casi por costumbre. La estática le devolvió un murmullo sin forma; bajó el volumen. No quería hablar con nadie. Desarmó una caja repleta de papeles: boletas de La Fama, un almanaque de Barrau, recetas, una carta de su hermano y otras que reconoció enseguida. Allí estaba la que recordaba haber guardado, sin saber bien por qué.

—Es la misma letra —murmuró.

—Te dije que te olvides de eso. Es una carta de Tota a su hija. No tendrías que estar leyendo lo que no es para vos —respondió César desde la mesa.

—Solo quiero comparar la letra —insistió Margarita.

El almuerzo fue tenso. No hubo charla ni reproches, apenas el televisor sobre la alacena que emitía *Ronda de piedra* para nadie. César terminó una manzana, dejó el plato a un costado y se fue al patio con el diario. Se sentó a la sombra, todavía con corbata. Cinco minutos después dormía con el diario sobre la cara.

Margarita lo vio dormido y pensó:

—No, no puedo olvidarlo.

Le hervía la sangre. Esa mujer había tenido el tupé de hablar de sus hijas en ese tono, siendo su consuegra. Llamar a su marido «*compramachos*» era innecesario. Que tratara a Carlos de vago, vaya y pase; pero con sus hijas no.

Aprovechó la siesta para guardar el anónimo y la carta de Tota en un sobre. Aquella vieja carta había quedado entre las cosas

que su nuera olvidó en la casa; su contenido no le importaba. Solo quería confirmar que la letra coincidía. Protestó por la mudanza del correo a la Independencia, pero igual salió. Despachó el sobre y pagó la certificada: no quería correr riesgos con una simple. Guardó las estampillas en el monedero y volvió a la calle. Una brisa del Río Chico le acarició la cara.

— César sigue sin saludarme —dijo Tito, apoyando su gorra sobre el aparador del comedor. — Ya se le pasará —respondió Tota. — Vos empeoraste todo con ese anónimo.

Tota suspiró, cerró el diario y lo dejó a los pies de la cama. Se levantó y fue a poner la pava.

— Ya te dije que yo no mandé nada. — Chiquito me dijo hoy: «qué quilombo armó tu mujer». Me contó lo que decía la carta y es lo mismo que yo le dije. — ¿Entonces se preocupa por un anónimo o porque lo que vos dijiste es verdad?

Tito salió al patio y vio que en el árbol del vecino aún quedaban paltas. Arrancó una y volvió a la cocina.

—No sé cómo vamos a arreglar este entuerto.

—No hay nada que arreglar. Esto lo provocaron ellos con su forma de ser.

Tota no cedía. Tito hojeó el diario distraído: en la tapa hablaban de los bonos con los que pretendían saldar las deudas del fondo compensador jubilatorio.

—Vos podés escribir con la izquierda para disimular tu letra.

—Eso no tiene nada que ver. Yo no mandé nada —respondió Tota—. Ya está listo el té con leche.

Había hecho scones. De anís.

Enrique cerró el informe, lo colocó en un sobre y lo dejó en el cajón de su escritorio. Pensó en el teléfono de su tía, nunca pudo memorizarlo. Su hermano Ernesto se jactaba de saberse de memoria no solo el teléfono, sino la dirección. Belgrano 555 es fácil de recordar, —esa también la sé yo— pensó. Aprovechó para completar el destinatario y remitente; la pluma Parker se deslizaba fácil en el papel del sobre. Buscó la agenda, marcó. Sabía que tenía que ser paciente: el teléfono sonaría junto al equipo de radio, y su tía podía estar en la cocina, en el comedor o en el fondo. Al quinto tono de llamado atendieron.

— Hola. — Buenas tardes, con la Sra. Margarita. Soy Enrique.

— Buenas tardes, Sr. Enrique, la Sra. está en Yala aprovechando los lindos días. ¿Necesita que le diga algo? Puedo llamarla por radio —dijo Alcira.

— No se preocupe, que vuelvo a llamarla en unos días. Hasta luego.

Miró el sobre y le pidió a su secretaria que lo enviara certificado. La estafeta sobre Avenida de Mayo estaba cerrada; la muchacha miró su reloj y tomó un taxi.

— Leandro Alem y Corrientes —dijo la joven—, al Correo.

El sobre llegó puntual, junto con el resto de la correspondencia que Margarita dejó sobre el dresuar. Solo le importaba la carta de Enrique. Se sentó en el cuarto de la radio y corrió el teléfono para hacer lugar. Buscó el abrecartas en el cajón y abrió el sobre con cuidado. Puso a un lado la carta de su sobrino, el anónimo y la carta de Tota. Tomó el informe del perito y leyó:

El presente estudio tiene por finalidad determinar o establecer si la carta anónima dirigida al Sr. XXXX, pertenece o no al mismo puño y letra que escribió la carta dirigida a «Querida XXXX», las que para su identificación han sido intervenidas con firma y sello del que suscribe.

Estudio Analítico y Comparativo:

En primer término se ha procedido al estudio de la escritura base de cotejo, la que consta de cuatro carillas extendidas en papel de tipo transparente, similar al utilizado para correspondencia aérea, el que se presenta en una sola pieza, conservando la unidad propia de los cuadernillos.

Se trata de una escritura que pone de manifiesto una gran cultura caligráfica de parte de su autora, desarrollando su cursivo personal en las cuatro carillas con una total coherencia gráfica y uniformidad de trazado, dejando traslucir en su ejecución el alto grado de automatización alcanzado por su autora.

El análisis pormenorizado de este amplio texto permite comprobar que se caracteriza en todo su desarrollo, por la uniformidad del ritmo ejecutivo, pulsación, modalidad del ligado, ubicación de la escritura con relación a la línea base del renglón, común arquitectura en la construcción de las letras mayúsculas y minúsculas, todo ello desarrollado dentro de una constante gráfica, en base a un trazado espontáneo y natural.

Conocidas las características personales y demás modalidades íntimas de la escritura base de cotejo, se procede al estudio de la escritura que integra la pieza anónima, para luego confrontar ambos términos y determinar si los mismos, pertenecen o no a un mismo origen gráfico.

Margarita se levantó lentamente. Fue a la cocina y puso agua a calentar. Prepararía un té. De valeriana.

Blanquita

Blanca abrió el buzón y descubrió la carta. Le resultó extraño que Demetrio le escribiera: era la primera vez que lo hacía. Cerró la puerta de calle para mantener fresca la casa; hoy anunciaron zonda.

Dejó las partituras del Scherzo N.º 2 de Chopin sobre el piano y se sentó para leer. Todavía no necesita anteojos. Miró de reojo a Edith que hacía la tarea, sacudió el sobre y abrió despacio, sin romper el papel.

Cuando leas estas líneas te llenarás de sorpresa, una porque nunca nos hemos escrito y la otra es porque el motivo de esta carta es hablarte de tu hermana Tota.

Blanca se levantó y fue a leer tranquila a su habitación. Hacía más de un año que no veía a su hermana y sus sobrinos. Hubiese querido llegar a verlos, pero no hubo tiempo entre el trabajo de Héctor, sus hijos, la tensión política creciente desde el fallecimiento de Evita y los vaivenes de lo cotidiano.

Terminó de leer con preocupación y se dispuso a escribirle a su hermana. Buscó, en el escritorio de Héctor, papel y un lápiz; lo prefería para poder borrar fácilmente si se equivocaba. No pensó pedir explicaciones, ella sabrá manejar su hogar y su matrimonio.

Se la imaginó padeciendo en la escuela, lidiando con el monte y las pocas posibilidades de criar a sus hijos en un ambiente adecuado. «Es un buen lugar para vivir», le había dicho Héctor tiempo atrás. Ellos discutieron en su momento: nunca le pareció un buen lugar para criar niños, tan aislados del mundo. Ahora con dos hijos sería más difícil. Susi ya tenía que comenzar la escuela; Gustavito podría pasarla mejor porque era varón, andaría a caballo, jugaría a la pelota. Pero una nena... ¿Qué hace una nena en medio del monte?

Querida Tota: Te cuento que recibí carta de Demetrio.

Agarró la goma y borró. ¿Era esa la mejor manera de comenzar una carta para su hermana?

Espero que no te sorprenda mi esquila y que al recibir la presente te encuentres bien vos y mis sobrinos.

Estaba un poco mejor, pero seguía sin conformarla. Volvió a borrar.

¿Cómo estás, querida hermana? ¿Y mis sobrinos? ¡Qué ganas de verlos!

Ahora sí le gustó.

Pensó bastante antes de ir al tema que la preocupaba. Le contó de sus hijos, de las ganas de Héctor de pedir la baja, de lo mucho que estaba estudiando un concierto de Liszt y que de vez en cuando tocaba «9 de Julio», ese tango que tanto le gustaba a Demetrio.

«*Hablando de Demetrio...*», escribió, y se despachó con las preguntas, las dudas y los miedos. Sobre todo, los miedos.

Creyó que la carta, ahora, estaba bien. Escribió con letra prolija el destinatario. Se sorprendió al poner Luz Edith, no estaba acostumbrada a llamar a su hermana por el nombre. Después de agregar el remitente, la guardó para poder despacharla a primera hora de la mañana.

Volvió al piano y calentó los dedos con la Fantasía Impromptu. El sol sostenido retumbó en toda la casa.

Tota subió al *jeep*, dejó su cartera y portafolios en el asiento del acompañante. Llevaba un par de cuadernos de algunos alumnos de segundo grado para corregirlos con tranquilidad, si es que encontraba la tan ansiada tranquilidad. Ahora debía ir rápido desde la Escuela 257 a la del Brete.

Trabajar en doble turno la atormentaba: tolerar los desplantes de la cuñada, no lograr que su marido la entendiera y lidiar con dos niños en medio del monte. Celebraba que ya no se utilizaran, tanto, los libros de la fundación de «esa mujer»; aunque le habían servido durante un tiempo, sobre todo con los niños que venían a la escuela de El Brete.

Terminada la jornada, volvió al *jeep* para, por fin, ir a casa. Tomó el camino hacia el pueblo. El guardia, con la PM en el casco, le franqueó la entrada levantando la barrera. La escoria era mejor que el ripio, en especial en épocas de lluvia.

La situación en su casa no era la mejor, pero abrazar a sus hijos ayudaría. Pronto tendría que llevar a Susi con ella para su primer grado o dejarla interna en Santa Bárbara, para que tenga una buena educación.

Abrió la puerta con cuidado y puso sus pies sobre los patines de paño. «No voy a rayar el piso de parqué con lo que traigo en los zapatos».

En el recibidor encontró la carta de Blanca y se alegró.

Fue a ponerse cómoda antes de saludar a sus hijos: dejó el guardapolvo en el perchero y, aunque no iba a bañarse, se lavó las manos y se puso poco de agua colonia. Sus pequeños la abrazaron y eso fue un bálsamo. Les preparó la merienda. Pronto sonaría la sirena y quería leer tranquila antes de que volviera Demetrio.

Se sentó en el patio, debajo de la tipa que aún daba sombra. Miró que no hubiera ninguna víbora cerca; el episodio de la semana anterior todavía la inquietaba. El miedo a vivir en el monte había vuelto como al principio, cuando recién se mudaron. Ahora había más de gente, una enfermería, una planta potabilizadora de agua en construcción y edificios para los trabajadores. «Falta una iglesia con su San Cayetano», pensó.

Abrió la carta y la leyó de un tirón. La alegría se transformó en tristeza a medida que avanzaba en la lectura. ¿Cómo pudo su marido preocupar así a Blanca? ¿Hacerla partícipe de problemas de matrimonio? Inadmisible.

Tan concentrada estaba que no oyó la sirena del fin de la jornada laboral. Demetrio llegaría de un momento a otro. Se levantó cuando sintió el silbido de *Cuartito Azul* detrás de los ligustros. Entró por el fondo mientras Demetrio entraba por la puerta de calle. Lo vio con Gustavo en brazos y Susi agarrada a sus pantalones.

— Llegaste temprano.

— Hoy no hubo problemas, pero me citan a reunión en Palpalá. Voy a volver para la cena —dijo, y fue a cambiarse.

Tota aprovecharía para escribirle a su hermana. Sus hijos jugaban en la alfombra del *living*, su marido iría a una reunión y ella escribiría. Si tenía tiempo, también corregiría algunos cuadernos. Era diferente a su hermana: era más decidida con la lapicera y no tenía tantos reparos al momento de plasmar sus ideas en un papel.

Querida Blanca:

He leído tu carta. ¡Pobre! ¡Qué malos momentos habrán pasado por culpa de la poca cordura y también, si se quiere, de la poca delicadeza de algunos! No quiero disculparme ni tampoco echar la culpa a nadie, pero me parece que antes de emitir un juicio es necesario oír ambas partes.

Blanca, yo, hace más de cuatro años vengo sufriendo lo indecible en la escuela y, por delicadeza (pues se trataba de la

hermana de mi marido), me callaba y sufría en silencio. ¡Premio! Me enfermé de los nervios, y él y su familia dudo que lo reconozcan. Luego, cuando estuvo tan mal, yo olvidé todo y, haciendo a un lado el amor propio (pues yo era la ofendida), la fui a ver y estuve a su lado en sus peores momentos. Como recompensa, este año empezó de nuevo a buscarme y yo te juro por el recuerdo de nuestra madre, nunca le hice nada y mucho menos ofenderla con palabras o actos. Pero la paciencia tiene un límite.

Sé que me critican a mis espaldas. Me criticaron el lavarropas (pues eso es para las flojas), la heladera (porque pagaba más de mil por mes para terminar ligero). Me imagino cómo lo harán ahora que he comprado un lote y la licuadora. Sé que hago mal en decirlo, pero si mi casa mejora es por mi sacrificio... Me privo de más de una cosa que toda mujer desea tener para sacar mi casa adelante y poder tener un techo propio. ¿Dime qué mujer no prefiere un saco de piel a una heladera?

Ha llegado la porquería de cuñada que tengo a ofenderme, ella y su marido, en forma velada delante de Demetrio, y este permanece impasible. Y al yo reaccionar en contra suyo, más tarde dárseles de ofendido, y yo tenerle que andar rogando después, como si no fuera yo la ofendida.

Días atrás, al decirle que trataría de ir lo menos posible a Jujuy (yo, para tratar de evitar cualquier choque), llegó a decirme que culpa mía se estaba alejando de su familia. Entonces yo reventé, reconozco que lo herí, pues elegí lo que más lo hiriera. Pero no te creas que es muy santo, pues para herir u ofender no se diferencia de la hermana, y cuando lo hace todavía se hace el ofendido para que yo, para salvar mi hogar, me tenga que humillar como siempre lo hacía, pues la amenaza de siempre son los tribunales.

Pues bien, yo no lo hago, pues perdería todo. ¿Y él por qué no lo hace? ¿De qué me tiene que acusar? ¿De sonsa, de idiota?, pues otra ya se sacrificaría en ayudarlo, de vivir en pleno monte como lo hago para gastar menos, en privarme de alguna alhaja o pieles como otras lo hacen, y todavía decirme: «¡Bah! Otras hacen eso y más también».

Tomó aire y releyó lo último que escribió. Faltaban comas, saltaban a la vista los errores gramaticales, pero se entendía, no iba a borrar ni reescribir. Buscó un vaso de agua y volvió a la escritura.

Pero se acabó la sonsa. De hoy en adelante, les daré el gusto, mis hijos y yo cambiaremos trajes, si es posible todos los días, y me enjoyaré y me compraré pieles. La vida es bastante injusta, si se es buena se ensaña y si se es mala la ayuda, como a esta porquería que ni una uña le duele. (Tachado)

Bueno Blanca, no te aflijas... yo nada les decía para no afligirlas y también, por qué no decirlo, por amor propio... y no tengo que llevar más problemas a otro hogar. Yo siempre he dicho y sostengo que los líos de marido y mujer solo ellos deben arreglarlos y no despertar risas o lástima en los demás.

Siento que esto haya llegado a ustedes y más con la carta que han contestado. Quedo yo como causante de todo y él como sensato y quien tiene que soportarme a mí y a mis nervios. No los censuro, pues no sé cómo sería la carta que él escribió. Pues me gustaría que presenciaras un careo... tal vez. Lean esta carta con Magda y reflexionen. Te repito, no me disculpo, tal vez tenga la culpa, como tal vez no. Soy ofensiva, cierto es, pero reconozco el error cuando lo hay y hasta llego a pedir perdón cuando yo soy injusta o me propaso.

Yo sé qué se persigue: que yo siga sumisa oyendo ofensas y permanezca muda, pues está visto que decir verdades es ofender. ¿Pero dime: es necesario deponer orgullo, amor propio para salvar un hogar? Está bien una, dos, tres veces, pero ¿siempre...?

Solo me resta decirte que deseo con todo el alma que vengas, pues te necesito, y rogarte que me escriban seguido para no sentirme tan sola.

Los besa a todos. (Firma)

Después de numerar las páginas, dobló los papeles en tres, con la medida justa del sobre. Humedeció la banda adhesiva con los labios y lo cerró. Escribió primero el remitente, solo con sus iniciales, y después, con paciencia, dibujó el nombre de su hermana, agregando el apellido de casada, por respeto a Héctor.

Buscó en la alacena el paquete de los fideos que quedaban. «Hay que volver a hacer una compra en Calvó», pensó. Puso la olla en la hornalla y la pava a hervir.

Separó un par de tomates y esperó el agua caliente para pelarlos. Los picó y pisó con un tenedor. Agregó sal, orégano y aceite de uva. Cortaba pan cuando oyó la camioneta estacionar. Echó los fideos en la olla: la cocción llevaría unos minutos.

Demetrio entró a la cocina y le dio un beso en la cabeza. Sopó un pedazo de pan en la salsa de tomates recién hecha.

— ¿Qué cenamos, cariño?

Como si el ayer los hubiera castigado

Siempre es más o menos igual. Recibís el llamado sobre la hora o un simple SMS. Generalmente no hay tiempo para comprar un vino, o no vale la pena buscar el adecuado en las bateas y hacer la cola en la caja rápida. Así que salís así nomás, sin más trámites que los habituales para un asado en medio de la semana: promesa de manejar con cuidado, no tomar demasiado y no volver tan tarde.

La ciudad es un caos a esa hora. La gente vuelve a su casa del trabajo y todos están apurados. Vos vas contra la corriente, atravesando las avenidas con sus semáforos descoordinados. Mirás por el espejo retrovisor el cartel de la heladería y te preguntás si no hubiese sido bueno parar y llevar por lo menos un kilo. «Después piden gustos de mierda», pensás. Pero ya pusiste tercera y la Núñez te regala una onda verde inesperada.

Suena de fondo un recital de Spinetta. Te dejás llevar por la línea de bajo de Malosetti, más que por la canción. Señal adecuada de que estás atento, despierto. Te jode el baterista, no está a la altura del tema. La parte del solo llega y subís el volumen. Ya nada importa. Podés hacerte mierda en esa esquina, tremendamente feliz escuchando *La herida de París*:

«Hoy que veo más sombras que nada, tu dulzor me haría reír. Tu corazón desnuda fuego, será la herida de París.»

Pero, no llegó tu hora.

Llegás, acomodás el auto bloqueando la rueda delantera contra el cordón de la vereda, ponés la traba del volante y bajás.

Siempre sos el primero. Es un clásico en lo de José desde hace más de veinte años.

Desde afuera se escucha música y se ve el humo del asado en el patio. Tocás el timbre insistentemente sabiendo que lo mejor es esperar la pausa musical para volver a la carga. José sale a abrir la puerta tomándose su tiempo. No encuentra la llave, te deja esperando unos minutos más en la vereda.

— ¿Qué hacés? Sabía que no traerías vino, así que compré yo — me dijo como saludo de bienvenida.

— Me avisás tarde, ¿qué querés que haga? — dije entrando a la casa.

El living refleja a José: diarios apilados sobre los sillones, CDs tirados por el suelo, fotos de Lucía y Renata sobre el piano. En una esquina, un cuadro de la avioneta de Arte & Parte tirando poemas sobre la ciudad, y al lado, el bajo dentro del estuche medio abierto. Hay cables enredados, libros, boletas de gas sin pagar, cajas de remedios y hasta una estatuita cuzqueña en el aparador. Todo tipo de objetos desparramados por el aparador, la mesa y las repisas. El monitor de la computadora prendido con el cartelito «no signal» rebotando contra los márgenes.

— Se llevaron la computadora a arreglar.

— ¿Y para qué carajos tenés prendido el monitor?

— Ellos dejaron así, ellos saben — me respondió y enfiló para el patio.

Cuando se dio vuelta apagué el interruptor de la zapatilla eléctrica.

Por la ventana de la cocina se ve el asador y las brasas al rojo vivo cocinando la carne. En la mesada, sobre una tabla, perejil recién picado rumbo al chimichurri a medio preparar en un frasco de café. Son las 21:47 y en la casa estamos solo José y yo.

— Estos podrían haber avisado que no venían — dijo limpiando el cuchillo en el borde del delantal.

Casi le pregunto por el cuchillo, pero desvié la charla para el lado del delantal.

— Es una costumbre para no manchar la ropa.

Serví dos vasos de un buen torrontés y lo ayudé a terminar unos porotos en escabeche. De fondo emocionaba un show de Corea en los setenta.

— ¿Eso es *Return to Forever*? — pregunté dudando.

José me miró por sobre sus anteojos, se limpió la mancha de carbón en las manos con un trapo rejilla, se apoyó en el marco de la puerta que da al patio, prendió un pucho y como dando cátedra dijo:

— Chick Corea en teclados, Stanley Clarke en bajo, Joe Farrell en saxo soprano y flautas y Airto Moreira en la percusión. Tremendo grupo con el que arrancó el proyecto. Había una mina que cantaba, pero no me acuerdo el nombre. Este es un show antes de que grabaran el primer disco. El tema que viene es *Fiesta*. ¿A vos te falta jazz o es mi impresión?

— ¡Dejate de joder! Yo me he criado escuchando a Bill Evans. Que no sepa de memoria algunas formaciones no quiere decir que me

falte jazz. ¿De qué me sirve identificar el piano de Thelonious Monk o de Brad Mehldau?

— No es lo mismo. A vos te venden gato por liebre. Si no sabés identificar a Corea tocando el piano, mejor andá a escuchar a Los Visconti.

— ¡Fuerza Abelito!

José no respondió, prendió la luz del asador para chequear el estado del fuego adicional que se iba prendiendo al costado de la parrilla.

— ¿Te habían confirmado que venían? — pregunté sopando un pedazo de pan en la compotera de los porotos en escabeche casi vacía.

— ¡Qué sé yo! Un día vienen todos, ponen fecha para el nuevo encuentro y después pegan el faltazo — dijo José mientras retiraba, un poco, las brasas bajo el matambre.

— Bueno, entendé que hay compromisos: familia, laburo — dije tratando de aflojar la tensión.

— Mejor, se pierden el asado y vos me ayudás a acomodar papeles viejos.

Sobre la parrilla se cocinaban costillas, vacío y matambre. Berenjenas y pimientos en uno de los extremos y cebollas al rescoldo.

— ¿Podés picar un par de ajos para las berenjenas? Cuando estén listas le sacamos la cáscara y queda como una pastita — dijo acercando una tabla de madera y un tramontina.

— Che... ¿No podemos hacer solo de tomate y lechuga?

— Al pedo uno trata de enseñarte el buen comer, a vos te da lo mismo una mixta que una ensalada de rúcula con parmesano.

— Lo importante es el vino, no las mariconadas que comamos. ¿Desde cuándo te preocupás por las ensaladas? ¿Desde que ves esos canales de cocina por la tele? Antes comíamos de la tabla y ahora me venís con berenjenas asadas y cremitas con ajo.

José miró con resignación hacia la mesa. No iba a poder convencerme de la comida *gourmet*.

— ¿Por qué no hacés sushi ya que estás tan delicadito con las cremitas de berenjena? Traé el chimichurri, un poco más de pan y listo. ¡Y otro vino!

Al torrontés le siguió un Malbec bastante caro al pedo.

— Vos sos jodido; ni que te hubiera dado un Cabernet.

— El torrontés es el vino argentino, no me jodas; el aroma a uvas, el gusto a maderas de los toneles.

— Es vino de putos, dice el Heredia.

— ¿Ahora habla de vinos? Hemos tomado cada porquería con hielo — dije agitando la copa como queriendo airear el Malbec.

— Esto lo vi en la tele, en alguno de esos programas que te gustan a vos.

José se rió y prendió un Particulares.

Fuma con placer y da gusto verlo. Pitada larga, áspera, de un tabaco negro tradicional. El humo del pucho se mezcla con el de la parrilla.

— Extraño la actitud de fumar — dije tomando la etiqueta de puchos de la mesa.

— Dejá eso ahí; vos fuiste inteligente.

Obvié comentarle los pormenores de mi dejada de fumar y tuve la impresión de que José también esquivó el tema a propósito.

— ¿Te conté de la petisa de mesa de entradas que me tira onda? — me dijo con aire sobrador como dándose dique.

— Ya estás viejo para hacerte el Johnny Depp.

— ¡La puta que te parió! ¿Qué me querés decir? ¿Que ya no tengo edad para tener una linda mina? — dijo moviendo peligrosamente el cuchillo como si fuese un florete.

— No. Solo te digo que tenés edad para tener una mina piola para tomar mates y que te acerque los remedios. Dejate de joder con las pendejas que no te llevan a ningún lado. Te van a regalar algún libro, una piedra o una botella de vino; te vas a encamar, un polvito, prendés un pucho y querés que se vaya al carajo. Quedate como estás, que la llevás de taquito.

— Vos, al final, lo que querés hacer es cagarme todos los paradigmas. No sé para qué te invito.

— Me invitás para no quedar con tus vecinos como un viejo borracho que saca la basura al día siguiente con los cadáveres de botellas. A estas alturas las mujeres tienen que ser una compañía nomás. James Bond es en las películas. Esto es Alta Córdoba.

Me miró y bajó el cuchillo como resignado. Empujó una miga de pan y muy suelto de cuerpo largó:

— Sos un pelotudo.

Comimos en silencio como comen los amigos que tienen hambre y no tienen que andar hablando mientras salen las costillas, el vacío y el matambre jugoso.

— No comiste las berenjenas. Están buenas — le dije ofreciendo un poco el bol.

— Vos no picaste los ajos. No me gustan las berenjenas sin ajos. Es casi como comerlas sin sal. Terminalas vos.

Se levantó de la mesa y fue a poner algo de música. *Muerte en la catedral* de Nebbia. ¡Discazo!

Volvió con un nuevo torrontés y una bolsa de papeles viejos.

— Acá hay cosas para vos — me dijo corriendo un poco los platos y la tabla con restos del asado.

Un cuchillo cayó al piso.

— Vos sos peor que yo — dije agarrando la bolsa.

— ¿Qué son estos papeles?

— Hay de todo, los encontré hace un par de días y me pareció que te interesaría mirar algunas cosas — dijo quitándome el paquete.

Una bolsa grande puede guardar infinidad de papeles. De todo tipo y tamaño.

Comenzó a sacar y leer alguna receta, un *ticket* de un supermercado desaparecido, un poema en papel obra ya amarillento.

— Siempre le escribí poemas — me dijo acercando el vaso como para que le sirva un poco más del torrontés.

— *Íntimamente lindo*, me acuerdo — dije para molestarlo.

— No, esa es de mi adolescencia, no era para ella.

— Esta bolsa es de ella, ¿qué hacés metiendo mano?

— La dejó acá, se ve que no le interesaban todos estos recuerdos.

Una estampita. De bautismo, creo. Volantes, propagandas viejas, postales, boletos de colectivo, recortes de diarios, revistas, dibujos, cartas.

Todo cabe en una bolsa de recuerdos de mujer.

— No creo que esté bien meter la nariz en bolsas ajenas.

— Me importa tres carajos. La bolsa está en mi casa, en mi habitación y en mi placar. Si hubiese sido importante se la llevaba, como se llevó la heladera — me dijo con sorna.

— Mirá, estas son para vos.

Acto seguido tiró unas cartas sobre la mesa. Reconocí la letra y mi nombre en el sobre de la primera de esas cartas.

— ¿Qué hace esto acá? — pregunté sin darme cuenta del peso de mi pregunta.

— Son tuyas — me dijo prendiendo otro pucho.

— Lo sé, pero ¿qué hacen acá?

— Nunca te las entregaron.

— No todas son mías — dije agarrando el manojito de cartas sujetas por unas bandas elásticas.

— Ahí tenés literatura. En estado puro — me dijo prendiendo un pucho y apoyando los pies en el borde de la mesa.

En ese momento me di cuenta de que uno de los sobres estaba cerrado. El que iba dirigido a mí.

— Servime otro poco de ese vino — dije con ganas de prender un pucho

— Sin hielo.

Sacudí un poco el sobre intentando empujar el contenido contra uno de los bordes para poder abrirlo sin romper la carta.

Volvieron a mi memoria una biblioteca, una guitarra, una canción, un colectivo 50, un sleeping, un chulupi, una salsa de soja, un departamento en la calle Crisol, unos aros rojos de madera, una cañada, un jumechi, un atardecer en el río Pirai o en el Paraná, un frasco de manjar blanco, una humedad en la pared, un tren, un libro de Urzagasti, un trigo sembrado en el mar, un trasnochador, unas obras completas de Borges, un plato de majadito o de patasca, un año nuevo, un mercado, unas dunas, un walkman, un avión que partía para siempre, una tormentosa noche, un llanto, un adiós, una oficina de ENTEL, un fonpach, un taxi cargado, una escalera, un show de Lito Vitale, una máscara del Paseo de las Artes, un hotel de mala muerte, un calabozo y otros miles de fantasmas.

— Che... voy a quemar toda esta porquería sin leer nada. Son cosas viejas. Muy viejas, ya prescribieron.

— No seas cagón. ¿Qué puede haber de malo en esas cartas?
— dijo sirviendo un nuevo vaso de vino blanco.

— ¿Fantasmas? — pregunté.

— Literatura. Ya te dije.

Abrir una carta escrita veinte años atrás no es una boludez, pensé. No es lo mismo releer cartas viejas en las que uno conoce el contenido. Acá se trata de un sobre cerrado, dirigido a mí, escrito hace muchos años.

— Tiremos todo esto al carajo, yo no quiero saber nada de estas cartas.

Nos quedamos en silencio un buen rato. Ese silencio necesario antes de una determinación sustancial.

Desde el *living* llegaba la música de Litto:

«Si delgado el silencio, la voz intensa, si traslúcido el aire, la tierra espesa, la operación es simple, de suma y resta.»

Separamos papeles viejos que no eran importantes y los tiramos al fuego, hechos un bollo, miles de recortes, poemas, estampitas, recetas, facturas, recibos, un *ticket* de Supermercados Americanos.

— Tomá, leé vos. A mí no me sale esto — le dije entregándole las cartas.

— Dejate de joder y abrí ese sobre. A esta altura tenemos que cagarnos de risa — me dijo devolviéndome todo.

— No sé por qué te doy bola. Serví más vino, pero torrontés.

José se levantó y fue hasta la heladera. Sacó un vino cafayateño mientras yo abría uno de los sobres.

...Escribo esta última carta del año, con la pena de que no llegue a tus manos. Les he escrito a casi todos los chicos; ya tengo las manos cansadas.

Leí en voz alta una carta de más de 20 años. Una carta que no debí abrir, que tendría que haber terminado en el asador.

...Te mando un beso grande y que pases unas lindas fiestas en tu casa, ojalá que las cosas estén bien ahí, en trabajo y relaciones. Dales mi beso a todos. Los veo en enero.

Un beso. c.

— ¡Pero qué carta de mierda! No tiene ni un «te quiero» y dice: «te veo en enero» y ino vino nunca más! — dijo José enojado como si él hubiese sido el destinatario de la carta.

— ¿Y por qué me la habrán ocultado? — pregunté abriendo otras más o menos del mismo tenor.

— ¡Qué sé yo! Estaban guardadas acá y yo nunca me fijé, ni metí manos en sus papeles. Ni hubiese metido si no hubiese estado buscando unos apuntes para la facultad.

Había otras cartas dirigidas a Silvina con el sobre abierto.

— Estas sí las leyó.

Me fijé en una con el mismo sobre de la que había leído y al sacar la carta veo que es de la misma fecha.

— Dale, leé de una buena vez.

— Pará, no podemos leer cartas dirigidas a Silvina. ¿Estás en pedo ya?

— ¡Pero por favor! Esa bolsa quedó acá, no hay nada que le interese. Abrí y leé de una buena vez.

— Escuchá esto: «...como todo esto no se hubiera podido dar en Cba, ponía el asunto de mi madre como pretexto.

...Incluso pensaba todo esto como una traición, como un engaño. Fui durísima conmigo, pero pasó. Al mismo tiempo, tal vez todos se dieron cuenta de todo antes que nosotros mismos.

Por Pablo no te preocupés. Yo prefiero que no se adhiera tanto a los chicos. Además, yo tampoco encuentro mi lugar en el mundo.»

— ¡Mirá vos! Y a mí no me dijo nada de todo esto. Ahora entiendo por qué Silvina no me entregó la carta. Pensó que me diría todas estas cosas y dijo: «no lo hagamos sufrir».

— Turras las dos. Injustificable.

— Mirá vos. Se preocupaba. ¿Cuántas cartas le mandaste? ¿Diez, cinco? — dijo con bronca.

— ¡No creo que tantas, che! A lo sumo cuatro cartas habré mandado. Lo que sí hice fue llamar por teléfono y nunca encontrarla.

Nos repartimos el manojito de cartas y leíamos un poco cada uno. Había de distintas fechas.

— Fijate la más vieja — le dije.

Una brisa hizo volar uno de los sobres que cayó cerca de mi pie. Lo levanté y vi la fecha: 8 de agosto.

Bebí un trago y supuse que la noche sería larga. «*Como si el ayer los hubiera castigado*» sonaba profética la voz de *Nebbia*.

Doble lectura

Casi no hay sol; sin embargo, me siento en la plaza a leer un libro. Tiempo es lo que me sobra.

Saco cuidadosamente el señalador y continúo por la página 126 de Redoble por Rancas, libro que releo cada tanto. Creo que ya lo debo saber de memoria.

Cuando uno lee en la plaza, sentado sin prejuicios en el césped, por el rabillo del ojo pasan siluetas: un señor con maletín y traje oscuro con corte italiano, una mujer con sus dos hijos a cuestas, una pareja con el pelo húmedo.

Enciendo un cigarrillo y miro a los que están sentados en los bancos. Vuelvo a poner el señalador en su lugar. Una pareja mayor me había llamado la atención.

El hombre imagino que está nervioso. Golpea con el sombrero su muslo, como los *cowboys* de las películas. La mujer teje a *crochet* un *shetland* color mostaza (con aguja n.º 4). Desde donde yo estoy no logro escuchar el diálogo, pero lo imagino.

Le pregunta si le gusta el color; él le dice que no, pero que lo mismo da; ella se ofende; él insiste en que la ridícula que va a usar ese color es ella; ella se ofende más y se le escapan unos puntos; él sigue, dale que va, con el golpeteo sincopado del sombrero en el muslo; ella le dice si no tiene frío; él responde que no. «¿Querés que vayamos yendo?». «¿Para qué? ¿Para que te pongas a ver la tele en el comedor de diario? Mejor nos quedamos acá tomando aire fresco. No trajimos nada para picar», dice él. «Siempre el mismo. Si dentro de un rato vamos a ir a tomar el té a lo de Mechita». «¿Yo también tengo que ir? Prefiero ir al club con los muchachos». «¿Muchachos? ¡Por favor! ¡El más joven anda pisando los setenta! ¡Muchachos, no me hagás reír!». «

De repente, el hombre le pasó una mano por el pelo a la mujer y todo mi diálogo imaginario se derrumbó. La señora levantó la vista del tejido y le sonrió. Le regaló un dulce beso en la mejilla y se levantaron despacio. El hombre se calzó el sombrero y la mujer guardó la lana en una bolsa de Disco.

Yo volví a la lectura. Agapito Robles había sido detenido nuevamente, cerca de Rancas. Como casi siempre.

NATALIA COSTANTINO

(Río Ceballos, 1975)



Novelas, fragmentos:

***Aunque nadie lo vea* (2021, editorial a capela – Libros electrónicos- Descarga gratuita: edicionesacapela.wordpress.com)**

***Una letra naif* (2025, edición de autora. Lemliteratura)**

FRAGMENTOS DE NOVELAS

AUNQUE NADIE LO VEA (2021)

A estas tierras, este fuego, este aire, estas aguas:
sueño de los ancestros
tierra del padre

riego materno

suelo de los hermanos edén
para mi amado
simiente
raíz y vuelo para mis hijas
lugar en el mundo

*“Aunque nadie lo vea, sus células cantarán el eco de un lejanocautiverio,
deslizado en las nanas que mecieron su cuna.*

(...)

*Cuando su edad la acerque a la geometría sagrada de ser, el
destino lanzará el primer juego de su azar.”*

María del Carmen Calvo

“La alquimia es obligatoriamente contestataria

(...)

Separa lo impuro de la sustancia más pura”

Eugène Canseliet

Levantando los pétalos caídos

Pasados los años en que el pequeño poblado, al que llamaron Campo Hermoso, fuera como la hierba silvestre y quieta, Lucelia abrió sus ojos y notó que la vista le

acercaba las cosas nublosas, como fantasmas. Eran los recuerdos que le llegaban como palabras sueltas buscando unirse en una frase preñada de significados.

Sentía su cuerpo cansado, echado sobre un sillón de mimbre que parecía una trenza de ramas coronando su figura. Agotada por el calor veraniego en tiempos de invierno, respiró un aire sofocante en aquella siesta de fines de junio. Acomodó su cadera, su cola hacia atrás, su espalda enhiesta, su cabeza inclinada hacia la izquierda. Su perro la seguía con los ojos en cada movimiento. Apenas movía el rabo indicándole que estaba allí.

Lucelia cerró los ojos y recordó...

Se vio tomar las rosas que adornaban el jardín de la antigua casona donde Jonás coordinaba el taller de escritura, guardar los pétalos en el bolsillo de su saco tejido, para llevárselos, luego, a la boca, como pábulos de una suave textura que alimentaran su modo de ser naturalmente extraña a las formas donde surge el mundo y naturalmente gemela a sus misterios.

Recordó cómo Jonás la miraba deshojar las rosas apoyando los ojos sobre sus manos, hasta dirigirlos lentamente hacia su rostro y después hacia su boca.

Un día, antes de que el crepúsculo le opacase la vista, le dijo:

-Cuando crezcas, vas a encontrar dentro de vos una rosa de oro nacida sobre la aurora.

Y Lucelia entendió que esa aurora quizá fuera como el fuego cuando transforma los metales, como lo hacía su padre.

Como ese fuego, como esa aurora, tomaba los pétalos blancos y rojos, y los degustaba arrastrándolos con su lengua hacia el costado, mojando su paladar hasta dibujar la flor dentro de sí. Buscaba masticar la vida hasta hallar esa flor dorada al final del camino, o tal vez mientras lo andaba.

Recordó un martes, cuando Jonás tomó el cuaderno de tapas celestes donde ella escribía y le pidió que leyera, porque sus ojos apenas veían la sombra de las letras.

Las personas tienen una temperatura, un relieve y un color. Hoy soy una rosa color granate en algún corazón. Tengo espinas sobre un cuerpo que no agrede, me yergue hasta abrirme sobre la naturaleza, como un mandala o como una espiral. Aquieto la corola sobre las cosas, como si fueran mis ojos. Las miro atenta durante el día, a veces las dibujo, porque sé que alguna vez serán solamente un recuerdo.

En el centro mismo de las cosas

Se veía delinear, con su andar leve, la adolescencia; apurar el paso en el camino antes de que el cerro le tapase el sol. De lejos veía su casa. Lucelia decía tener dos de ladrillo (su hogar y la vieja casona) y una no material. Quizá su madre, a quien había perdido siendo muy niña, le habría legado esa casa del ser.

Cuando llegaba al portón, sentía el perfume a pan caliente mantecado que su padre hacía, mientras la esperaba para compartir juntos la merienda. Él dejaba sus herramientas y le regalaba su tregua.

El fuego sublimaba los metales en el taller de Eliseo. Soldaba la superficie amorfa de los objetos hasta darles una vida. Actuaba en el centro mismo de cada cosa exhalándole una esencia o un destino, al igual que en las personas. Lucelia podía ver el resplandor tras la ventana del taller, veía cómo su padre tomaba las tenazas que asían el metal incandescente.

Él le había enseñado que el color ideal para el forjado era el blanco-anaranjado. Y ella asociaba ese fraguado a las rosas vertidas en su cuerpo, imaginaba que iban formando dentro de sí esa aurora de la que le había hablado Jonás.

Los metales se volvían rojos, después anaranjados, luego amarillos y finalmente llegaban a blancos.

Cuando forjando el hierro su padre entonaba canzonetas, ella se daba cuenta de que se sumía en una nostalgia echada sobre su cuerpo doblegando el metal. Era porque recordaba a Rosario, la madre de Lucelia. Rosario lo había elegido para criar a la niña juntos. Lo decidió cuando sintió que aunque él no fuera el padre biológico, Lucelia lo querría como sangre de su sangre. Y para la niña fue así.

Creció creyendo en una genealogía que quizá tuviera un origen en el oro del primer sol, en el beso del primer rocío, en el secreto de la alquimia.

El eco de un lejano cautiverio

Jonás apenas leía. Ahora, hablar era más cómodo para él. Sabía que Lucelia amaba las leyendas. Y contó una.

-Hace muchos años, en tierras habitadas por comechingones, vivía una chica aborígen conocida por su fortaleza e ímpetu para enfrentar la lucha entre el blanco y el nativo...

Mientras Jonás relataba la historia, Lucelia dejaba los ojos encimados en la ventana, apoyaba los codos sobre la mesa del taller y con sus manos frías sostenía su mentón. Parecía irse tras un pensamiento donde unía los hilos delgados de una historia.

Hace pocos años (contradecía Lucelia con el pensamiento hilvanando su propio relato) una joven mujer llamada Rosario, vivía en un pueblo antiguamente habitado por nativos. Rosario, la de piel pálida y manos varoniles, salía a las calles a luchar en la guerra entre el blanco y el blanco; arremetía furiosa, vengando la muerte de su patria. La mujer no pudo ver que la única armadura imbatible se enarbolaba en una batalla sin sangre. Rosario arremetía pensando dejarle una vida a Lucelia, pensando en Lucelia sin pensar que Lucelia necesitaba nada más que una madre, antes que una heroína coronada por la historia... nada más que una teta donde apoyar su sueño...

-En la tribu- continuaba Jonás- se sabía que Arabela, la pequeña aborígen, tenía la percepción del águila para guiar el enfrentamiento con pensada habilidad. Pero nadie supo que se iría una noche y, convertida en águila, volvería con el sol del otro día, como un pájaro libre, rodearía con su planeo a su comunidad como un signo de protección, hasta por fin mostrar que la única paz posible se encuentra en la hermandad...

Y Lucelia delineaba otra página de su historia.

Arabela, con guardapolvo blanco, contradiciendo su sangre, se volvía una con los otros, haciéndonos comprender que debajo de la piel y las ideas tenemos un alma en común. Aleteaba en las aulas mostrándonos que la única paz posible se encuentra en la unidad, que el único equilibrio es sabernos parte de ese todo al que llamamos vida: al sentir los rayos del padre sol, el corazón de la hermana flor, el sonido húmedo del hermano río, el néctar en los senos de la madre tierra...

Jonás dejaba que Lucelia volara con los ojos, como un ave de pluma oscura vuelta una con la noche. Sabía que luego traería a la escritura lo que había visto en la sombra de esa luz que perseguían sus ojos.

En lo que el viento mueve

“Solamente en lo que el viento mueve vemos el viento”

Gerardo Pérez Taschetta

Arabela tomó entre sus manos la arcilla, levantó los brazos para que todos los

alumnos pudieran verla. Dejó que la greda fuera cayendo sobre una vasija apoyada en el escritorio.

-La arcilla es rojiza, como si fuera el corazón de la tierra. El viento y el agua la transportan.

La arcilla es roja como el fuego, es tierra, es agua, es viento... -pensaba Lucelia.

Arabela vio a Lucelia mezclarse entre el polvo vertiéndose en el recipiente y dijo, levantando su voz suave:

-La arcilla contiene los cuatro elementos.

-¿Y qué son los cuatro elementos?- preguntaron al unísono los alumnos.

-Aire, agua, tierra, fuego...

Y Lucelia retornó la mirada hacia la maestra.

-Las rocas se desgastan y se forma la arcilla- continuó Arabela, levantando entre sus manos la tierra, en un movimiento continuo de alzar y dejar caer- Es un material tan noble, que nunca abandona los elementos de donde viene: necesita el agua para volverse barro y dejar modelarse, necesita el calor de unas manos que la labren y necesita el viento para que seque su forma definitiva.

La tierra rojiza retorna al agua de donde viene para pedirle al viento una forma. Las manos artesanas son el viento, un viento que enciende la arcilla como un fuego para darle calor y para darle forma. Para mí, la palabra es un fragmento de arcilla.

Lucelia retuvo el pensamiento para plasmarlo luego en su cuaderno de tapas celestes, mientras la maestra pasaba la vasija banco por banco, alumno por alumno, para que pudieran apreciar el elemento.

Ellos escuchaban compenetrados la explicación de Arabela. Miraban la materia y tocaban con sus manos el contenido del recipiente. Cuando llegó a Lucelia, deslizó sus dedos entre la arcilla. Sacó las manos y abrazó la vasija. Miró a la profesora y dijo:

-La vasija es como la Madre Naturaleza.

Arabela contestó con una mirada. Sintió las alas de águila abrirse sobre su espalda y abrazar a esa chica con sus plumas.

A la salida de la escuela, como hacían naturalmente los lunes, caminaron los tres de regreso a sus moradas; finalmente, sólo Lucelia y Arabela.

-¿Usted se da cuenta si las personas son buenas?- preguntó de repente Lucelia.

-Puede ser, Lucelia. El alma de las personas es como el viento que toca las cosas para dejarse ver, como las ramas de un árbol, una hoja, un trigal. Si el viento no llegara a ellas, no sabríamos nunca cómo es la forma del viento.

-Yo jamás quisiera ser tocada por un huracán. Cuando los vientos me tocan los cabellos para fastidiarme, les grito que mi madre los sacudirá, quizá también mi padre, mi padre biológico. Tal vez está con ella, entre los vientos... quién sabe...

-Tu forma es la de una brisa. Tu madre era semejante a un vendaval.

-¿Conociste a mi mamá?

-Quien se sacrifica por su pueblo, perdura en los vientos.

-Y mi padre... ¿mi padre cómo era? ¿Quién era?

-Quizá sea un viento temeroso.

-¿Sea? ¿Vive?

-Uno elige qué viento ser- la distrajo Arabela- y cómo dejarse soplar por él. Lucelia la miró extrañada. Caminaron un rato en silencio y luego añadió:

-Y Juárez, ¿qué viento es?

-¿Por qué preguntás eso?

-Porque él es quien gobierna Campo Hermoso. Yo quiero saber si es bueno el viento que abraza a sus pobladores.

-Lucelia, cada persona toma decisiones en la medida en que forja su propio destino. Juárez no abraza tu vida, no decide qué vida deseás tener vos. Eso lo decidís vos.

Lo material, lo inmaterial

La forma cae como un hábito divino sobre la materia. El viento modela las nubes. El acto, la potencia. El reverso, su anverso. Tal vez las cosas y la gente sean una metáfora de eso otro. El mundo puede ser descifrado como un gran poema preñado de imágenes y de símbolos. Y está el hombre con sus ojos caídos, como un Adán, pero están también Fernando, Eliseo y Jonás sobre una aurora.

Yo arreglo el pelo de Lucelia, su pelo negro de lana. Fernando me dio esa vida. De aserrín estoy hecha y al aserrín retornaré o quizá a esa sustancia emergente en la madera. Yo huelo a sauce, tengo el perfume de sus ramas caídas sobre el arroyo. En mí se dibujan todas las formas que el viento quiera darme, insuflándome un corazón carmesí como el crepúsculo.

Sobre la arcilla de la vida

-La arcilla es el material de la cerámica. En un pedazo de tierra roja la encontramos y la extraemos.

Arabela explicaba los pasos que llevaban a la arcilla a convertirse en cerámica. Tomó una tinaja hecha por ella, la abrazó para sostenerla y vertió allí la arcilla, echándole agua.

-Una vez volcada sobre la tinaja, le echamos agua. Vean el color y la espesura. La arcilla transformándose en barro. Ahora este barro lo volcamos en esta pileta, lo pasamos por un tamiz para que quede limpio y para que podamos trabajar bien con él...

Los alumnos miraban y escuchaban a la maestra, atentamente. Fernando veía los ojos de Lucelia sosteniendo el barro, moldeándolo, ya veía transformar las cosas con la mirada puesta más allá de la arcilla.

-Ahora lo dejaremos en la pileta hasta que se evapore el agua y podamos recogerlo.

La clase de Arabela había envuelto el patio de la escuela. Hasta los árboles parecían inclinar sus ramas para ver el proceso.

Es como la vida, pensó Lucelia. Modelarnos como el barro. Pero pulirnos por dentro.

-Una vez que lo recogemos de la pileta, lo guardamos en un sitio que esté fresco, lo tapamos con plástico para que no se seque- continuaba Arabela.

Es como los lagrimales- seguía diciéndose Lucelia- *Hay que evitar que se sequen, para poder ver mejor la vida...*

-Luego lo recogemos y lo dejamos orear para que se ponga duro. Finalmente tomamos el fragmento de barro que usaremos para hacer la pieza que queramos.

Fernando tomó un pedazo del tamaño de sus manos abiertas. Lucelia esperó, estudió la porción que tomaría. Entre sus dedos flacos, como sosteniendo un círculo, adhirió un pedazo de barro y lo dejó suspenso.

-Mañana-dijo Arabela- haremos una quema como se hacía antiguamente. Hornearemos allí nuestras piezas y en la segunda cocción, tendremos nuestra producción terminada. Habremos fabricado la cerámica. Lleven el barro a casa y hagan su figura. Mañana la hornearemos.

Esa semana las clases de Arabela fueron ampliadas.

Era miércoles. Lucelia esperaba a Jonás. Ese día él la pasaría a buscar al finalizar su jornada en el colegio.

Arabela los llamó. Jonás se dio vuelta.

-¿Los puedo acompañar?- preguntó ella- Quisiera preguntarle algo a Eliseo.

Eliseo preparó la merienda. Contento por la visita, suspendió el trabajo.

-Estoy haciendo unas rejas para cercar la entrada de un lote que doña Florencia adquirió camino a Los Guindos, las tierras que dan a la parte más alta de las sierras- comentó el herrero.

Jonás y Arabela se miraron. Eliseo estaba de espaldas. Acercó el mate a la mesa y le sirvió uno a Arabela.

Lucelia tomaba su café con leche. Ausente de la conversación, terminó la merienda y se retiró a su dormitorio. Desde allí apenas se oía la voz de los tres. Quedó sentada frente a su escritorio de pino que daba a la ventana abierta. Apoyó el barro traído de la escuela y comenzó a modelarlo, con el rocío de la tarde cayendo sobre sus ojos, anunciando una llovizna.

-Yo me quedo un rato- avisó Arabela- Nada más quería saber si habías pensado algo de lo que hablamos el otro día- le dijo a Eliseo.

-Claro, mañana podés traerme unas piezas y vemos bien qué es lo que querés que haga.

-Te agradezco.

Jonás estaba callado. Parecía preocupado. De repente dijo:

-Libia quiere deshacerse de la casona. No la necesita. Se cerrará el taller. Aun cuando había insistido en que venga una profesional de la capital para rehabilitar ciegos.

-¿Ella te lo dijo?- preguntó Arabela.

-No, fue Juárez, ayer. No me huele bien la cosa. Es más que la casona. Son las tierras fiscales que están atrás. Están apurados.

-¿Y vos no le preguntaste a esa señora, Libia?- preguntó Eliseo.

-No tengo la confianza, no soy amigo, solamente compartimos el taller- Jonás bajó la cabeza. Hizo silencio.

-Pero, Jonás, ¿cuál es tu preocupación, cuál es el asunto?- lo interrogó Arabela.

-Quieren adueñarse del monte completo, casi todas las tierras del Este de Campo Hermoso, no sólo la casona.

Destino

Las estrellas tienen disposiciones diferentes como los humanos. Las hay de cinco puntas; también de triángulos que copulan para darle equilibrio al mundo; y la mística, de siete puntas. Refulgen en la noche, se filtran en los bosques de nuestro inconsciente y nos alumbran el alma. Tantas hay como múltiples sean nuestros estados, y tantas sus disposiciones, como el orden en que emerge nuestro destino.

También existe un arcano: una doncella desnuda vierte gotas de oro sobre aguas estancadas y gotas de plata sobre la tierra seca. Las estrellas lavan el suelo de nuestro cuerpo y hacen crecer rosas abiertas; lavan el estanque del espíritu para que fluya una vida áurea aún en nuestra sombra.

Pensar que una estrella se ve solo en la noche; pareciera que el destino tuviera que hacernos alzar los ojos a lo oscuro para encontrar el camino que se nos ha señalado. Y qué con las decisiones, lo que elegimos ser, lo que queremos andar. ¿Qué hay en eso? En lo que está trazado en el momento exacto en que nacemos y en lo que hacemos luego, en cómo se abren las direcciones de una senda que en principio es una y que se ramifica. ¿Qué camino elegimos? ¿El que deseamos? ¿El que nos desafía y resulta ser el más pedregoso? ¿Qué es el destino?

¿Qué representa una estrella en la vida de nosotros? ¿Qué significa un cielo como un mapa trazado sobre el cuerpo que se anida por debajo de la piel?

Lucelia había cambiado su trazo. Suave, la línea se deslizaba desde el margen del cuaderno. La letra leve formaba un cuerpo delgado en cada renglón de una página. Y crecía voluptuosa y delicada a la vez, como ella.

Cerró el cuaderno de tapas celestes. Todo se iba lentamente entre los pliegos, como hojas echadas a los cuatro vientos, y en todas ellas quedaba sellado el adiós a la infancia, como una flor fucsia en la campiña.

Agua que no has de beber

Amanecía. Arabela corrió la cortina de la ventana que daba hacia el camino del frente de su casa. Vio el auto de Juárez pasar hacia el Este. Detrás de él, una camioneta arrogante parecía seguirlo. La mujer miró tras la ventana. Sólo quedaba el polvillo dibujado en el aire.

Se vistió. Salió y siguió el trayecto que habían hecho ambos vehículos. Monte adentro nacían las vertientes, las cascadas y aparecía el río, llamado Porá, que atravesaba todo el pueblo. Arabela parecía un puma sobre la tierra y un águila sobre la altura, corrió por los montes, tomando atajos en relación al camino principal, hasta encontrar los automóviles estacionados. En cuclillas, entre las rocas y bajo los espinillos, observaba a Juárez y a dos hombres. El intendente hacía ademanes con las manos, señal de que mostraba el lugar. Luego tomó una varilla y dibujó algo sobre la tierra. Observaban los cuatro puntos cardinales, estudiando el terreno. Caminaron un poco más adentro, bordeando el costado del río.

Pasó casi una hora. Arabela los esperó hasta verlos regresar, subirse a los coches y volverse. Se acercó a donde habían pisado. La tierra estaba húmeda. Parecía dolerle la huella de esos hombres. Arabela se inclinó y tocó las marcas de esos pies.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Desconfiada del paso de aquéllos por esos lados de Campo Hermoso, decidió estar atenta a los movimientos de Juárez.

Quieta, permanecía en su casa, con actitud de observación. Sólo salía para cumplir con sus obligaciones: la escuela y la entrega de vasijas a doña Florencia. Un día, dos, tres... Juárez no atravesaba el lugar. Así durante dos semanas. Hasta que una mañana oyó un ruido y vio una escena que invadiría la zona por largo tiempo: grandes máquinas y hombres trasladados en carros, con sus cabezas gachas, sus miradas tristes, sus cuerpos vestidos con harapos y sus manos agrietadas, como la tierra surcada por los tractores.

Ella siguió la ruta de los vehículos hasta verlos detenerse en el lugar donde Juárez había estado con sus hombres. Vio descender los obreros y marchar monte adentro con herramientas para quitar lo que Juárez y sus hombres veían como maleza. A su vez, una máquina tragaba con sus fauces la tierra húmeda y abría la ancha llaga de un camino.

Dos coplas

*"Te miro a los ojos
que se quieren llevar el fondo de mis ojos
y tomar desde ahí lo que ha quedado en
silencio entre mi voz"*

Susana Romano Sued

Fue el último lunes. Arabela tomó su caja y cantó dos coplas para sus alumnos:

El río lleva en su canto
una canción de amor,
una nana de mi alma para ustedes
perdurará con pasión.

Cuando vuelvo para el rancho
oigo al viento suspirar
levanto la cara al cielo
y un águila me ha de abrazar.

*Por qué la vida es una despedida, pensó Lucelia.
Arabela la miró y luego dirigió su voz hacia todos:*

-La vida es un ciclo permanente.

Alquimia

Yo he bebido los pétalos de las rosas. He crecido sintiéndome correr entre la sangre los rojos y los blancos, que matizan el color de una aurora. He tenido fragmentos de sutil alquimia, rocíos vueltos llanto me mojaron la mirada. Es ahora el instante cuando el sol y la luna se conjugan. Es el tiempo de ver, aunque nadie lo vea.

UNA LETRA NAIF (2025)

Por lo humano saludable.

Y a los finales felices. Por qué no.

I

Señora de los milagros:

yo soy mi cuerpo

y eso es lo que escribo

floreecer incansablemente, estar a la vera
del camino y que ningún pasar destruya
los brotes de eso que llamamos felicidad,

proliferar en mí misma, y en el pequeño
universo que hace lugar a mi insistencia,
reírme de los obstinados, de los obstáculos,

y de los que infligen daño no reírme,
como si fueran humo, tragar el veneno,
escupirlo y sobrevivir.

Yo soy mi cuerpo y doy
flor, incansablemente.

Liliana Lukin

LA LETRA LIMINAR PARA UNA AUTOFICCIÓN

En la letra está la respiración, el ritmo. Tomo un lápiz y dibujo con la línea de una de ellas la inicial que me dé el nombre de las cosas; busco verbos sencillos quizá porque, como un imán, me acercan la simpleza, y a veces lo complejo, para decir algunos vínculos. No sé si pueda tensionar una historia, porque solo sé moverme en la metáfora, tal vez porque allí reconozco mi sonido, también, de mi relato.

Por eso con el trazo a mano alzada voy uniendo lo que siento, como las letras cursivas. Se tocan, se entrelazan, hasta se besan. Parecen necesitarse juntas para formar una palabra. En el espacio entre un vocablo y otro entra un aire como de viento, casi un soplo de labios, donde buscar una frase. A veces parezco escribir una respuesta al talismán de Venus. Y la letra, entonces, se me vuelve amuleto para decir la belleza, la armonía o el amor bueno.

En la letra también está el instinto, no solo el lenguaje.

Con ella doy claro en el bosque. Lo que digo se vuelve una nota al pie de una página o quizá una especie de prefacio o tal vez una tonta carta abierta:

Sigo siendo una aspirante a escritora. Quizá una poeta.

Nací con un raro destino: ser leída solamente por mi madre; a veces, por Lila; ellas siempre me animan. Matilda, en cambio, ya adulta, me da algunos consejos.

No he logrado cumplir mi ilusión de ser columnista. Por eso daré aquí mis escritos a un Alfonso.

Jamás podré ser una moda literaria.

A quien haya tenido un tiempo para serlo, le pregunto: ¿relató la rutina, la simpleza, el trabajo tenido, y al que no aspiraron, la desigualdad de oportunidades, el rastro de la clase obrera bajo su pluma? ¿Cantó los vaivenes entre la crianza, el matrimonio, lo doméstico, el oficio y el lugar de la escritura cuando todos duermen? Graciela Cabal lo hizo, o al menos lo dejó escrito como una hipérbole, en el capítulo “La máquina de escribir”, del libro *Las cenizas de papá*, su novela publicada un año después de su muerte. Quizá cuando yo muera pueda ser leída como ella, me ha dicho PP. Sé que lo hizo para consolarme.

Pese a eso, Luna, nuestra hija, me pregunta qué escribo. A veces le leo. ¿Te gusta? Le digo. ¿Y yo dónde estoy? Me responde. Después de esta novela llegaste vos.

Escribo en el silencio con la culpa de indagar la escritura y su forma. Tengo un libro publicado sobre eso. He pensado constelar ese objeto. Algunas mujeres constelan relaciones entre los miembros de su familia, historias, traumas. El mío es lo otro: sacar de la elipsis el destino de mis libros.

Constelaré. Notarán con esta decisión que conservo algo de ingenuidad quince años después: voy por la vida en fiel sincronía con las tribus de mi época, buscándome a mí misma en cuanto evento “espiritoso” (como ellas dicen), de valor económico popular (como yo puedo), se cruce en mi camino.

Quince años después puedo hablarles, igualmente, de otras sutilezas: el edadismo en mujeres de la literatura, por ejemplo.

También sé decir, quince años después, que hay un camino hacia adentro de la escritura, al que se va como a un templo. Así son mis años de lecturas y de búsquedas. No creo tener algo más para decir.

Solo espero llegar a las cien páginas para concursar, ya olvidé qué cantidad de veces, esta novela, a costa de pesarme la moral porque afuera, hoy mismo, más allá del tiempo del relato, y expresándome en el tiempo como autora, hay una historia que la ética inherente a toda ficción no podría omitir.

Entonces canto bajito adulterando la entonación: pero los dinosaurios ¿van a desaparecer?

∞



*mujer, dicen unas. Es el tiempo del
encuentro con la loba, dicen otras. Es
momento de hallarnos en el mismo sexo.*

Danzar y beber la luna hasta embriagarse
para eclipsar su noche. Es su rito.

No yang ni yin.

Sin embargo ella danza tan sola.

Desconoce. Prejuza. Se aleja de esa fuerza
protectora, en lugar de dominante; de esas
manos compasivas, en lugar de indiferentes.

Se separa porque entiende que una ronda
puede ser una red para sus alas.

Es temprano todavía para ella.

lla danza sola. En un círculo donde parece
no haber más sombra que la de una lágrima
de luna. Ella se mira en los ojos de las otras.
Toma esas manos con las suyas. Apenas
levanta sus brazos, y duda.

Unos días antes, sobre la pared de una
garita donde la gente espera los colectivos,
vio un cartel que invitaba a mujeres a una
danza de la luna.

Ellas danzan. No están solas. E invitan a
otras a danzar con ellas. *Es el siglo de la*



lla se cuelga de su cuello, recibe, ella recibe. Su canto ha quedado perdido en el cuerpo del pescador que ha encendido a la mujer sirena.

Qué pasaría si *El pescador y la sirena*, de Frederic Leighton, no fuera interpretado como eso que leí por ahí: una sirena que ahoga a un pescador. Que lo devora. No.

Ellas pueden comportarse como el aire, dice Cirlot que el mito dice. También dice que el aire es activo y masculino. Es fundamento. Eso dice. Que aviva el fuego, que es hálito vital, como la palabra, es creación, movimiento, luz, olor, perfume. Dice además que Bachelard ha escrito que Nietzsche dijo que “el aire es una especie de materia superada, adelgazada, como la materia misma de nuestra libertad. Y agrega que la marca verdadera de lo aéreo se funda en la dinámica de la desmaterialización”.

Quitar la materia es hacer el espíritu.

Quitar la cola de la sirena es sacar parte de eso que da un deseo de algo que se da a un otro que lo cautiva: el espíritu.

“La vida seduce a las almas de los que están privados de ella”, dice Wirth citado por Cirlot.

¿La sirena seduce a las almas de los que están privados de ella?

No siempre ella seduce, no solo seduce. Es un canto de nostalgia por un eros perdido.

Es la que da el hechizo porque ha perdido una parte de su cuerpo para que surja el mito.

Dice el poema:

*Yo acecho desde aquí a mis navegantes,
los seduzco con mi encanto
hasta mi descubrimiento.*

A veces los exhorto

*a construir mi canto desde afuera,
con la tierra*

sobre el ala tibia de mi ombligo.

Otras, sueño estar extinta sobre el mar,

no ser un espejismo,

deslizarme hacia la orilla

y caminar erguida,

sabiendo que más lejos

la ciudad me espera.

Pero despierto

y retorno a entonar con tristeza

el mismo canto.

*Mis amadores sienten seducción por mi
nostalgia*

*-pues solo los hechiza lo que en ellos
permanece adormecido-*

*y a uno que veo iluminado con mi pensar le
digo:*

vos, que me imaginaste,

entrá en la orilla:

el cuerpo de mi alma,

que quiero volverme a mi hondura,

extirparme las escamas

y trepar acantilados.

*Volveme a crear
sobre ese latido de piedra.
Da fin a mi penar de mitos
en el eco acuoso
de la levedad y la hermosura.*

∞

EN EL BOSQUE (TRES REVELACIONES)

Toda lectora hace un vínculo especial con sus libros. Son palabras vueltas haces de luz en un bosque. Es un suelo subyacente eso dicho, además de una lengua que llega de lo hondo como el agua a las raíces, que se alza en la arboleda, es ideario en la copa, es verbo. Esa palabra nos llama o llega a nosotros para hablarnos algo.

Los libros además son talismanes, oráculos, salmos laicos bañados por los humores de las cuatro lunas.

Yo les abro el corazón a esas escrituras, porque son también el lugar donde nazco y donde muero.

Esos libros me revelan un secreto cuando más lo necesito, me dan un consejo al que llaman “mundo”.

Primera revelación: ¿escribir un manifiesto? ¿Qué le digo a la escritura de literatura?

La palabra brota porque ha vencido una muerte. Estalla como esa cumbre ardiente en el acto de amar. Se manifiesta en la superficie, en una piel, y puede unirse y mezclarse con otra, pero no otra lengua, porque habla desde lo hondo de un yo.

El acto de escribir es como el acto de amar.

El acto de leer es como el acto de recibir y también el de dar.

Nadie da algo inocente y bueno desde la especulación. Quien especula, es esclavo en ambas partes. Mercancía. Moda. Productividad. Pierde el yo; también, la poesía. Que es lo mismo que perder el espíritu. O el grado más puro de la palabra.

Indómita, tiene todas las licencias para decir sin ser callada, porque respira en el organismo donde vive una verdad, germina en la metáfora y desde allí brota como un lenguaje para escribir la existencia.

Resguardemos la poesía en la piel de la prosa.

MARIANO MARUCCO

(Serrano, 1978)



POESÍA INÉDITA

SUR URGENTE (2025-2026)

soneto urgente

me niego a creer que sólo soy un pedazo
de tierra, un torpe músculo involuntario,
dientes, uñas, huesos, cartílagos, ovarios,
tripas, y un poco de mierda abriéndose paso.

reitero. me niego a ver en estas manos,
estos pies, estos labios sólo un poco
de carne cansada, un cuerpo triste y roto,
un anónimo engorde de anónimos gusanos.

quiero creer que soy más que esta materia,
que casi no responde a estímulos externos,
y es sólo movida por la pálida histeria.

debo ser más que esto, seguro: ser canto
y memoria del canto. ser viento. muertos
(desapercibidos), nos quieren mientras tanto.

surdito

soy del sur, vengo del sur, de un cielo
verde vengo, del sol naranja naranja,
de una tierra sin orillas, de la zanja,
las ranas, los eucaliptus, los teros.

traigo el silencio del sur, un mate,
un poncho y una cruz en los ojos
somnolientos, la lluvia sin cerrojos,
olor a caballo, un corazón galopante.

ser del sur es saber de muerte
constante: el grito del chancho,
alarido de un gurí doliente.

es vivir cada día con tanto, tanto
de tan poco: la alegría es agua y harina
al horno, un pan y una letanía.

yo

lloro, rio, eyaculo, cago, muero, rezurrezco,
ante la sombra de mi sombra me arrodillo,
ceno frugal: tres tuercas, un tornillo,
bailo bajo la lluvia, y a veces, agradezco,

sólo a veces, punto. últimamente, la vida
no me besa en la boca. ni en la boca,
ni en el culo. en estos días, la vida es poca
y mucha la rareza. pero está prohibida

la mala cara en las fotos. la seriedad
cadavérica de quien regresa de la furia,
la ira, la pereza. no de la lujuria.

avanzan los márgenes hacia el centro,
en la soledad más soledad encuentro,
caen mis ojos en punto final.

vos

catorce líneas matan por sobredosis,
trece caricias y al final una molotov,
trece florcitas que prometen el *love*,
y una dinamita estalla. de cirrosis

muerdo por catorce furiosos vasos.
ya no hay bares donde te canten,
entre el humo, la victoria y el fracaso.
ya no hay sitio. para que destaque

lo pueril están haciendo el mundo,
recalcitrado, puerco y violento.
pero vos, lento caracol de catorce

babas, roes el hueso del inmundo
burgués, y lo vuelves macilento.
no rimes hoy, mediocre soneto.

nosotros

tenemos todo. alegría falta,
casa, auto, un perro, dos gatos,
televisión por cable, trabajo
estable, asado el domingo. palta,

palta! cuándo comimos palta?
sólo arroz salado con lágrimas,
a veces, sólo a veces en la plaza,
un helado. adrenalítica y álgida

fue la vida en bicicleta, una estufa
raquítica para juniojulioagosto.
ahora, vemos llover por la ventana,

danzar en el jardín la garúa.
alambre de púa en los ojos,
un partido perdido en la mirada.

ricardo III en la feliz

en el verano de hombres en cuero,
muscueróticos, bananeros, brillosos
sus muslos enteros, elásticos, briosos
en la arena. en verano, qué hacemos

los feos? las jóvenes menean nalgas
perfectas ante el espejo, se filman
y esparcen tesitud, pintan y liman
sus uñas y una dieta a base de algas,

y ungüentos en el rostro cada vez
más bello. en enero, me pregunto,
los deformes, esqueléticos, coño!

que mierda hacemos? cara de pez!
me gritan en la playa. puto! puto!
ya teva, teva tevallegar el otoño.

milonguita

me metí con la poesía, casi inconsciente,
y de pronto ya estaba en el bailongo
con el barro hasta el cuello, mondongo
y fuelle, me dijo un amigo: - delincuente,

te metiste a bailar poco sonriente!
no soy neruda, de cebollas cristalinas
y felices, ni benedetti, con su rutina
de oficina, ni la pizarnik. demente

y quebrado estuve yo, no el lírico
sino el verdadero, no el escribiente
sino el que va y compra pan, pescado.

entre cejas enojadas vive la gente,
me gustó ese verso, me dijo no un crítico,
sino un oyente. con esto lavo mis pecados.

a un amigo

levantate culiao. qué hacen tus labios
tiesos? si ayer no más tan cabrones
gritaban a los bribones. con pantalones
rotos a lo kurt, pateamos los barrios,

borrachos nos trompeamos, pendejos.
pero ahora, ahí, te veo tan quieto,
sin esa risa de comadreja. viejo
levantate, no sé, escribite un soneto.

es que ahí no sos vos, no, ya no sos
vos ese que ahí duerme! mear
de la risa me hacías, y ahora

por culpa de la señora sin hora
te veo tan gris. no fuimos al mar,
ni a alaska a ver el baile de los osos.

manifiesto

esta es la poesía que debemos cantar,
carajo! versos crudos, naciendo desde
abajo de las tripas, de vientre agreste,
de manos de obrero. este gritar

de un joven envejecido por un año
malparido. cargo en joroba invisible
mil kilos de portland fundido al estaño.
irrepetible será este verso, irrepetible.

peco de soberbio, pero esto es lo que
hay que cantar: los patos, los teros,
algarrobos de marrones doloridos.

otra no hay, o sí, un triste loquero, loque-
ro de flacos rostros idos. esto, espero
canten, ebrios, una vez que me haya ido.

recién morido

las voces queridas aún escucho,
sus palabras ya no tajan,
pesada es la fina mortaja,
huelo a tabaco, el último pucho.

las piernas algo encogidas,
flácidos dedos, inútiles
ojos, cerebro hueco, sutiles
uñas seguirán la vida

última en tierra gangrena.
ya está, me digo, es hora
de ir partiendo. dejo

el amor, el dolor. rezo
un verso. el universo devora
un cuerpo, y el alma se ciela.

in alegría

alegría, esa revolución amarilla y honda
que debiera brotar porque sí, porque
estamos vivos! y sin embargo, por qué
nos pintaron un lienzo mortuorio? rezonga

mi corazón en esta patria turbuclueca.
así estamos: contando arrugas, ojerosos
y para llegar a fin de mes las tuercas
de la cartera ajustando, casimiedosos.

patética, histrionética, frenética volvieron
nuestra milonga (era canyengue y tierna).
entre polenta y asado se debate mi tierra.

pararriba escupen, pararriba escupieron.
no hay mal que dure ocho años, mi abuela
decía, y yo: la alegría es solo brasilera.

a samuel

resulta que volvés de trabajar, un martes,
y un policía tiene licencia: arrancarte
todos los pelos de las cejas, la nariz,
la nuca y el culo, otro te dice infeliz

no llorés no llorés, ah! sabés por qué llora?
yo te voy a explicar: llora porque e' gay,
veni, veni pendejo, vas a saber ahora
lo que es bueno, y uno le da otra piña, ey!

para un poco, lo vas a matar. un puto menos,
yo mando acá, pegale otra y otra y otra, ajj!
le sangra la nariz, y boquea como un pez.

te cuento un cuentito: había una vez
un niño que le tenía miedo a los truenos
y... che, dejó de respirar, dejó de respirar?



PARA LAS BESTIAS

Leticia Martínez

La mejor de la ciudad, Funga Editorial, 2025

Cantaban, afuera.

Afuera todo-era-como-debía-ser.

Liliana Heker

Como cada noche, mientras todos dormían, Julia dormitaba y le prestaba atención al llanto de la bebé. Ese reposo del cuerpo puérpero que no es descanso sino más bien una piel alerta, agazapada para rescatar a sus crías. Hacía poco que habían logrado pasarla al cuarto con la más grande y, por la madrugada, lloriqueaba pidiendo teta. Según la madre de Julia, todo comenzó la mañana en la que entró la rata.

Su mamá le había dicho que esos animales traían mala suerte. También se lo decía de las palomas, *alguien te hizo algo, prestale atención al ruido mientras empollan* y, ella, cuando escuchaba el chillido infernal, se preocupaba. Desde que había comenzado el invierno, tenían un nido en la pequeña ventana del baño y cada vez que la abrían, algunas plumas se deslizaban desde lo alto hasta la bañera. No se lo había contado a su mamá, para no preocuparla. Las plumas recorrían el espacio húmedo y frío que

flotaba en el aire, después de que alguno se bañara, cuando los azulejos transpiraban esa frialdad imposible. Tal como ellos, helados en cuerpo y sangre. El matrimonio de Julia venía mal desde hacía tiempo y, cuando nació su segunda hija, todo empeoró. La madre de Julia le había explicado que cada animal y cada bicho que puebla la tierra, simbolizan algo. *Cuando el gallo canta a deshora es lluvia anunciada*, si las hormigas caminan apuradas es porque se viene la peste y el aleteo de las mariposas indica el destino. *Mirá bien hacia dónde vuelan*. Su mamá le pedía que respetara el lenguaje de los animales y el lenguaje de las plantas porque comprenderlo era como comprender la vida en su totalidad. Sus designios. Para ella, todo lo vivo era como un oráculo que sólo demandaba presencia y atención. Se trataba de desenmarañar las circunstancias antes de que sucedieran, tal como hacen los animales para sobrevivir. Julia se asustaba, en su mente racional y controladora no había espacio para las supersticiones. De todos modos, llevaba a cabo los rituales que ella le indicaba. *Freezalo y vas a ver*, le dijo un día luego de que ella la llamara llorando, por una pelea con Marcos. Así, su vida se volvió fría, como la carne cruda que, cuando no está en charqui, se pudre de esperar el calor. Ese fuego que quema, que enciende, la vida verdadera.

El día en que entró la rata, amaneció pronto en la ciudad y ella se despertó sobresaltada. Se hizo un bollito entre las sábanas y la frazada gruesa. Se movía desesperada y balbuceaba un lenguaje imposible. Marcos no entendía lo que pasaba. Julia se incorporó y lo sacudió con firmeza.

—La vi, entró por la ventana -le dijo con voz temblorosa.

—¿A quién?

—Entró una rata por la ventana.

Él no le creyó pero como ella se levantó y saltó de la cama, hizo lo mismo. Julia se encerró en el cuarto de sus hijas y desde ahí le hablaba a Marcos. El PH en el que vivían soportaba todo tipo de ruidos y desmanes. Los gritos y los portazos que Julia largaba en cada discusión. Paredes fuertes,

decían ellos. *Ya no se consiguen departamentos así*, se vanagloriaban ni bien se habían mudado, cuando ella estaba embarazada de su primera hija.

Desde el cuarto de al lado, Julia le daba indicaciones inentendibles y Marcos no le respondía. Él ya se había cansado de sus grititos, esas formas sutiles disfrazadas de órdenes y de sugerencias. Ella se movía en la casa como una leona enjaulada. Ya no sería su presa. No más. Julia escuchó la puerta abrirse en el cuarto de al lado y se desesperó. Él había dejado a la rata ahí dentro, en el cuarto de ellos, sola. La rata podría pasear entre sus cosas, husmear la ropa, profanar las sábanas con sus patitas sagaces. Cómo pudo dejarla ahí, pensó. La abandonó. Hace cuánto que todos los esfuerzos por entenderse eran inútiles, hace cuánto que deberían haberse separado.

Ella consideraba que él era un incapaz, que la vida le costaba demasiado y que, ante el más mínimo desafío, él claudicaba. No sería raro que se diera por vencido. Ella entendía la realidad como una selva, un caos morbosos en el que se sobrevive por insistencia. Él amaba su fiereza, sus garras apretándole la piel en las noches de calor. Nada de eso les quedaba. Él necesitaba un mundo suave. Olfatear tiernamente su cuello hasta quedarse dormido. Marcos había salido a la cocina a buscar el palo de la escoba. Rumiaba para sí una bronca lúcida. Por qué no habían traído el gato, si él se lo había propuesto un tiempo antes. Una casa con una leona feroz. Una sola.

Desde hacía tiempo, con Marcos, las conversaciones más triviales terminaban en discusiones y gritos. Sus hijas lloraban al escucharlos y Julia las consolaba. Les decía que todo iba a estar bien. Se abrazaban fuerte. Los mejores momentos en la casa eran cuando, sobrepasados por el conflicto, ni se hablaban. Se movían como fantasmas entre los cuartos, haciéndose invisibles al caminar. Podían olerse a la distancia. Habían pasado ya muchos años desde aquella vez en la que se prometieron ser honestos uno con el otro. De algún modo, la honestidad era esa calma, el tiempo suave de compartir la necesidad mutua de ignorarse. El tiempo del descanso para las bestias.

Entonces, Julia escuchó el ruido. Un sonido fuerte y seco. Parecido al que hacen sus hijas cuando saltan desde las sillas y llegan al piso, en un mismo movimiento, con los brazos y las piernas, como fieras agazapadas. Un golpe seco. El último gruñido. Fue más fuerte que eso, fue como el sonido que tienen las cosas que harán silencio para siempre. La quietud previa al desastre.

Por fin, Marcos habló:

—Traeme una bolsa.

Se quedó atónita. Realmente había sucedido. Cómo fue posible que le haya dado un palazo, pensó. Se desesperó. Haber matado a la rata dentro de su casa traería algo aún peor que el mensaje que el animal quería darles. Porque para eso estaba el animal ahí, para decirles algo. No podría contárselo a su mamá, ya que la llenaría de otros miedos, como que si el palo tocó al bicho debía tirarlo y si alguien tocó ese palo habría que hacer limpiezas con vinagre, sahumar la casa e irse unos días.

Salió del cuarto de sus hijas y fue a la cocina.

Agarró una bolsa de basura y el trapo de piso. Lo mojó. Volvió a su habitación y cerró con un portazo.

Marcos lloraba en el piso, sentado al lado del animal muerto. La sangre se desparramaba y, poco a poco, llegaba hasta él. Julia bufó, cansada. Esa vez, ella no gritó, se acercó a él ronroneando y se miraron fugazmente. Fue una despedida dulce. Él agarró al animal muerto y lo puso dentro de la bolsa. Le hizo un nudo.

De pronto, la bebé lloró. Julia pensó en limpiar rápido, antes de que sus dos hijas se levantaran. *Chester, Chester*, repetía Marcos, como en trance. El *choco* con el que habían compartido sus días en aquellas vacaciones en el norte, cuando recién se conocían y ella le presentó a su mamá. Esa casa misteriosa

llena de animales en el vallecito norteño. Julia se arrodilló y pasó el trapo. Con ambas manos, juntaba la sangre. Las marcas sobre el piso de madera. Lo que se vuelve, por fin, inevitable. Chumó el trapo en el inodoro. Marcos sostenía la bolsa.

Entonces, Julia pensó en un perro negro y mediano, un poco más grande que Chester. El ladrido amenazante cuando viera el nido de las palomas en el baño. El enojo de su madre por no haberle consultado. Un nombre cualquiera, que les guste a sus hijas. *Una leona y un perrito*, dijo en voz alta. Él no la miró. Ya no volvería a mirarla más de aquel modo tierno al que estaban complaciente acostumbrados. y

Las plumas alrededor de un hocico pequeño, el freezer vacío. *Vamos, Marcos, te preparo un café.*

Leticia Martínez

(La mejor de la ciudad, Funga Editorial, 2025.

Libro que obtuvo el Segundo Premio del Fondo Nacional de las Artes, 2022).

LA MIRADA DE LA VIRGEN

Entré a la capilla. Quedaba dos pisos abajo del quirófano. A mi mamá la operaban desde hacía siete horas. Durante su internación, yo sólo salía a la puerta del hospital para fumar o para comprarme algo de comer. Papá iba a la capilla un rato cada noche, después de que a mamá la llenaran de pinchazos para mitigar el dolor y de pastillas para dormir.

El lugar era chico, había un altar precario y dos bancos. Me senté en el segundo y me hundí en ese silencio santo y profundo. Sentía más miedo que paz. Adelante, una mujer, arrodillada, lloraba con un rosario entre sus manos. Cada tanto se cubría la cara. El rosario caía entre sus dedos. Cada cuenta, parecía una lágrima que se unía a otra, en un recorrido misterioso. Era la esposa del hombre de la 422. La reconocí porque una vez le prestó el rosario a mi mamá. El color era hermoso, tornasolado. Me recordó al que usé cuando tomé la Comunión.

Yo miraba hacia el frente, no podía rezar. Vi a Jesús en su cruz detrás del altar. ¿Desde hacía cuánto tiempo estaba ahí colgado? Pensé en mi mamá, día tras día, desde hacía meses, con sus camisones viejos entre médicos que ni siquiera sabían su nombre. Yo acumulaba faltas en el

trabajo y en la facultad. ¿Cuánto tiempo más debía detener mi vida para que mi mamá pudiera seguir viva?

Me levanté para irme y me golpeé con el banco. El ruido de la madera rebotó en el silencio santo. La señora se dio vuelta y me sonrió.

—Tu mamá está en la 423, ¿no?

Asentí en el intento de evadir una conversación. No me interesaba esa complicidad que surgía entre los familiares. Era como una necesidad de compartir la tristeza o de suspender el dolor propio con el dolor del otro. Para mí, esas charlas lo agigantaban.

La mujer se sentó y, por inercia, la imité.

—Tu papá viene todas las noches acá, me contó que la operaban hoy, como a mi marido.

—Sigue en el quirófano —le dije—. Está ahí desde las ocho de la mañana.

De pronto, la mujer besó el rosario y abrió su mano. Tenía un pañuelo blanco. Me lo dio. Se levantó despacio, sin hacer ruido. Su cuerpo también parecía dolorido.

—Mi marido murió hoy en la operación, me dijo y salió de la capilla.

No tuve tiempo para decirle nada. Miré el pañuelo. La mujer lo había planchado. Lo abrí. Tenía la imagen de una virgen y unas frases.

Ayúdanos, Madre. En Ti confiamos.

La cara de la virgen parecía iluminada por el día. Las mejillas rosadas, el rostro redondo y los ojos marrones. Tenía un corazón muy grande sobre su vestido, como si saliera desde su interior y quisiera entregarlo. La miré un rato. En ese momento, descubrí que la virgen miraba hacia mi pecho o, en realidad, hacia dentro. Ese lugar en el que yo también estoy llena de dolor y de espesura. Más adentro que todas las cosas que rodean los huesos, más adentro que la carne.

Pensé en mi mamá acostada en la camilla fría, por tantas horas, rodeada de cables. La ciencia, con sus antibióticos y cirugías, no puede arreglar lo que el cuerpo ya decidió desarreglar. Porque un día, ese cuerpo saca hacia afuera el dolor, el que habita más profundo que los riñones y las tripas, el verdadero. Antes de que se enfermara, ella me había dicho que, desde que se jubiló, se sentía sola. Y no hice nada. La ignoré. Seguí con mi vida. La facultad, el trabajo. Excusas. Mi mamá envejecía triste y sola y me negué a verlo. ¿Cómo es ese instante en el que el cuidado cambia de bando? Ya no pude decirle mamá, tengo miedo.

Entonces, me levanté rápido. Pensé en que tenía que subir a la habitación a esperarla, que tal vez ya habría salido del quirófano y que, cuando despertara de la anestesia, ya habría familiar nuevo para conocer en la 422. Pensé en las semanas que quedaban hasta que se recuperara, pensé en que si seguía faltando al trabajo me echarían y en los exámenes que tenía que rendir.

Salí de la capilla y me fui a la puerta del hospital. Pedí un cigarrillo y fuego. Fumé tranquila. Vi, como en cámara lenta, gente entrar y salir. Caras de preocupación y, también, gestos de alivio. Una nena le daba de

comer a las palomas. Una ambulancia estacionó y los camilleros se bajaron riendo. Miré cómo se consumía el cigarrillo. Largué cada bocanada como si ahora el tiempo estuviera entre mis manos.

DE CARA AL SOL (Gerania, 2021, primera edición; Umas, 2026, segunda edición)

FRAGMENTO

Ultratumba

La ciudad vive dentro mío. Me precipito. La ansiedad, los ataques de pánico. Recetas truchas, farmacias que venden yuyos milagrosos para abortar y, aun así, no sucede. Las clínicas clandestinas y sus médicos que piden un dineral para hacer en las sombras lo que de día niegan.

De qué forma me habitan los amigos, los que se fueron, las frases sueltas de canciones que hoy recuerdo y lloro. Antes, nuestra vida de ultratumba, la noche de las noches. No hay pecado original, es otra cosa, estamos completos y, también, secos, pobres, deseosos de vértigo, del amigo que llega con la bolsa. Un abrazo que miente, que pide por un pernocte, los taxis a toda velocidad para llegar a la casa de alguien, de un cualquiera, no conocer a nadie en las reuniones. Expectativas. Complicidad. Llegar con un vino encima y, por las dudas, otro, mientras en la reunión ya se tomaron varios. Luces infinitas en el norte, que asesinan el alma de tanto brillo, oscuridad premeditada en el sur. Un barrio con un lago que esconde a las travestis, las humilla, las despoja de sí mismas y las confina a un *ghetto* arbolado.

Para que luego, los señores bien vivan con ellas lo que jamás se animarán a buscar de día. La careta de una ciudad sitiada por la clase media. Una ciudad llena de pasajes, callejas arboladas, inundaciones y ríos subterráneos. La necesidad de atrapar el agua con cemento, entubarla, con lo que sea. La plaza Los Andes, en la que me hamaqué de chica, paraíso de la ultratumba, con un cementerio indio por debajo que, a la vez que me protegía, me revelaba su secreto. No tuve patios en

mi infancia, tuve parques. Una ciudad que se nutre de lo de abajo y lo niega. Voracidad. Buenos Aires que esconde a sus pobres y si no, los ordena, les pone festivales, ferias, unas meras organizaciones ficticias, sin más que el decorado, carteles, luces de colores. Uno al lado del otro, tranquilos, sin mucho ruido. Una ciudad ampulosa llena de libros y de obras. Buenos Aires vive sobre la mierda, las ratas y los muertos. Se trata de llenar el tiempo y las calles con música, botellas, desprecio. Quisiera desnudarte, ciudad maldita. Develar tu encanto florido, tu olor a jacarandá, gritar a la vista de las vecinas que no hay misterio, que tengo miedo, que un día mi vida se quedó en tus calles y fue como un pacto. Dejé mi alma en la vereda y ahora no tengo nada. Ciudad hermosa, nadie jamás descubrirá tu tesoro. Estoy herida como un pichón que nace y su madre no ha vuelto para alimentarlo. Crecer, abrir las alas ante tu inmensidad. Tengo miedo de que esta ciudad sea todo lo que soy.

El triste corazón del mundo

Si quieres un consejo no la cuides desde lejos.

Ni le digas lo que tiene que hacer.

Ella debe ser como quiere ser.

SERÚ GIRÁN

Gloria caminaba nerviosa. La lluvia era atroz. Yo iba tras ella. Nos guarecíamos del agua y de los rayos bajo los angostos techos de la parte exterior del shopping. Buscábamos la guardia psiquiátrica. Ella iba delante de mí y se tocaba el pelo. Su pelo lacio, precioso, brillaba en la noche oscura de tormenta de verano. El pelo oscuro en la noche oscura, como si la belleza se riera de su desgracia. Se lo pasaba detrás de las orejas. Se lo ataba, se lo soltaba. Aprendí que no son nervios, que es una crisis. Gloria fumaba y largaba el humo en un gesto de soplar el aire de afuera, como si eso le alargara el aire de dentro. Como si con la bocanada pudiera empujar su propia vida, cada vez más detenida por los fantasmas de su cabeza.

Desde hacía bastante que ella iba y venía con el tratamiento. Pastillas, psicólogos. Dejar las pastillas, dejar los psicólogos. La familia que la acompañaba y, también, la juzgaba. Las exigencias y las demandas del afuera. Los por qué que no tienen respuesta. Su vergüenza, de nena chiquita, de llanto que la sofocaba. El trabajo, la exigencia de productividad. La vida que exige demasiado para ser vivida. Las veces que me dijo *no puedo más*. Acaso sea el miedo, pero cada vez que me lo dijo le creí. Sentí que no podía más. No sé si ella o yo. Recordé mi propia vida con las adicciones. Mi *no poder más* significaba que iría hacia ahí de cabeza. Al transa, a la bolsa, a la excitación momentánea.

Caminamos un poco más y vimos que la guardia estaba cerrada. Frenamos bajo el techo de un restaurante. Llamé por teléfono, le dije. Su mirada sobre mí, feroz. Acaso estoy diciendo cualquier cosa, pensé, o se lo dije mal. Su mirada de perro malo. En cualquier

momento me ladra, se me tira a los tobillos, me muerde y me deja en hueso en carne en sangre. Agarró su celular y marcó. Como suele hacer cuando hablamos por teléfono, en esas charlas de astrología o de chismes de farándula y reímos y reímos como si el mundo fuera bueno, puso el altavoz.

Los ruidos del shopping interferían en la llamada. Un centro de salud, una guardia en un shopping. El intento de normalizar lo más ridículo. Negocios de ropa, un supermercado gigante, una guardia psiquiátrica. La plata, la locura. Podrían ser las dos caras del monstruo o quizás es la misma cara y no lo vemos. Cuántos disfraces tienen los monstruos. No escuchaba nada de lo que le decían del otro lado del teléfono. Ella gritaba que, con lo que pagaba por la prepa, no podía ser que no hubiera una guardia. No me miraba, ni me registraba. Realmente, en ese momento, yo no estaba ahí. Eran ella y sus gritos. Su furia contra todos. Ella contra todos. La furia blanca y fría. El grito que llora y que pide reparo. Dónde hay un mundo distinto, menos triste. O acaso vivíamos en el triste corazón del mundo. Estábamos en el punto exacto en el que el dolor converge y parece inacabable. Mientras, ella gritaba y reclamaba que ya había pasado la admisión, que tenía que verla de nuevo un psiquiatra, que estaba sin pastillas. Y tenía razón.

A mí la furia, la bronca con los demás y conmigo me llevaba a consumir. A pasarme de rosca, a darme vuelta hasta desconectarme de la realidad. No bajar, no sentir. Una anestesia fuerte y precisa. Hasta que creí que me moría no supe pedir ayuda. Lo típico: estoy bien, yo puedo, me las sé todas. Yo andaba en la calle y la ley de la calle es la de sobrevivir. Ser pilla, mirar mucho. Entrené mi olfato en las drogas y en las movidas. Miraba a dos que hablaban y ya captaba la secuencia. Estate pilla, pensaba. Movete, no te quedes quieta, pensaba. Hasta que una vez no fui tan pilla y después de una gira de varios días creí que me moría. Y me senté a hablar con mi familia. Y acepté que era adicta.

A ella la locura la envuelve. No la deja. No hay goce, no lo disfruta. Lo padece. Cortó el teléfono y me dijo que entráramos al supermercado a ver precios de útiles. Pronto terminaría el verano, comenzarían las clases y yo necesitaba hacer esas compras para mis hijas. Gloria es así. Conecta y desconecta. De la furia a la ternura. Un vaivén de niña. Una

mirada de niña. Yo vi esos ojos en otra parte y sé que se iluminan cuando hay amor. Gloria no cree que merece el amor. No sé bien en qué cree pero sé de su fortaleza. Miramos precios de hojas rayadas y cuadriculadas. Agarramos un pack de esas que vienen por cientos. Miramos el precio y nos reímos. Pasó un repositor del supermercado y ella lo interceptó. *Cómo va a ser este un precio de oferta*, le dijo. El chico me miró y no supe qué decirle. De nuevo, ella tenía razón.

Algo pasa con los locos y los cuerdos. Sentirse de un lado o del otro es pura fantasía. Incomoda la mirada del loco, su voz, su forma de acceder a las cosas. Incomoda porque es verdad. Porque no hay filtro o porque no importa. Quién podría salvarse de la locura, quién cree que está realmente salvado. Dejamos las hojas y continuamos la recorrida. Fuimos a la parte de perfumería. Buscamos los más caros y los abrimos. Gloria me explicaba los detalles de las fragancias. Ella tenía un acuerdo con lo bello. Como si pudiera fundirse desde lo extraño con la realidad, detectaba los aromas que podían gustarme y me los acercaba. *Esto a tu tipo de piel le quedaría bien*. No sé si alguien alguna vez me había hablado con tanta calidez o desde una observación tan precisa. No sé si yo permitía que alguien se acercara tanto a mí. Me puso un poco de perfume de cada lado del cuello. Cuando se alejó me dijo: *tengo miedo*. Entonces, lloró.

La abracé fuerte. Su cuerpo temblaba. No quiero vivir así, repetía. No le dije nada. No la solté. La sentí desarmarse, frágil. Se iba haciendo un bollito entre mis brazos. Su cabeza casi en mi pecho. *Te queda muy bien ese perfume eh*, dijo entre lágrimas. Entendí mi presencia, en ese lugar, con ella. Entendí que éramos dos bestias pidiendo alimento en medio de un bosque desierto. En el supermercado sonaba una radio y parecía que todas las canciones estaban en nuestra contra. Cada una de nosotras estaba en contra de sí misma. Vivíamos en el intento de enfrentar la realidad con nuestra torpeza. La terquedad, la soberbia. Los gritos. Me sentí aturdida por la música, el sonido humano de quienes trabajaban y de quienes estaban allí comprando. Me sentí aturdida de realidad.

Vamos afuera, fumemos un pucho, dije. Ella asintió. Caminamos abrazadas. Mi mano rodeaba su cintura y ella colgaba su brazo por mis hombros. Como dos nenas que

juegan en una plaza y que, pronto, vendrán a buscar. Como el momento críptico antes de que empiece el otoño. Una oscuridad que empieza a teñir el tiempo. Tengo miedo de no encajar en el tiempo del mundo, de ir a contramano o de no ir. La lluvia seguía cayendo. Había rayos y truenos pero casi todo el sonido se opacaba por los ruidos del shopping. *Esto no es el mundo*, dije cuando estuvimos afuera. Gloria se rió. *El mundo debiera ser de colores pastel*, agregué. Sacó un cigarrillo para ella y lo encendió, Después, sacó uno para mí. Fumamos tranquilas. La desesperación se había vuelto nuestro envoltorio.

Ahí enfrente hay colores pastel, dijo y señaló algo. Miré pero no entendí. *Allá, del otro lado de la ruta*. Ví una carpa enorme. Era una carpa de circo que tenía un cartel en letras enormes: CIRCO LUNA ROSADA. Me reí. Al principio, con una risa pequeña, con pocas fuerzas. Ella siguió con una carcajada estridente. No podíamos parar. Yo casi me ahogo entre la risa y el humo del cigarrillo. *Qué te hacés el poeta*, gritó, como si le hablara a la carpa, al circo, o como si me hablara a mí.

—¡A quién se le ocurre ese nombre! —dije.

—Igual es lindo.

—Nunca fui a uno de esos circos —dije y tiré el cigarrillo.

—Quizás podríamos venir.

—¿Al circo de los poetas?

—Al mundo color pastel —dijo y encendió otro.

Nos quedamos ahí paradas fumando y riéndonos más. Pensábamos nombres posibles para los circos. La lluvia continuaba. Había otras personas cerca, guareciéndose del temporal al igual que nosotras. Esperaríamos hasta poder llegar al auto para volver. La noche se cerraba sobre sí y el cielo se iluminaba con los rayos. Negro, plateado, negro, plateado. Plateado sobre negro. Cada tanto, el blanco del humo. Cada tanto.

en *La indicación de la luz*, Vaca Muerta Ediciones, 2026.